

LOS HOMBRES PREHISTORICOS DE VIZCAYA

Trabajo publicado en la Junta de
Cultura de Vizcaya "EL HOMBRE
PREHISTORICO Y EL ARTE RU-
PESTRE EN ESPAÑA". Bilbao 1962

I

En más de una ocasión he dicho que en nuestras tareas de investigación y de estudio debiera servirnos como divisa aquella sentencia de los antiguos: *nosce teipsum*, conócete a ti mismo. Sentencia que, al referirnos al estudio de los grupos humanos, podríamos expresar diciendo: conoce tu país. Este país al que tanto debemos y a cuya suerte se halla ligada nuestra vida.

A este pensamiento, que sirvió a Alber Grenier para hacer la presentación de una interesante colección de estudios, debe responder, en lo que cabe, mi presente disertación.

Conocer nuestro pueblo, aun en la presente etapa de su historia, es, desde luego, discernir sus orígenes y el desarrollo subsiguiente. Porque el presente tiene sus raíces en el pasado y se halla, en gran parte, dominado por él.

Debiéramos conocer, por lo tanto, el proceso histórico de nuestro pueblo, lo que equivale a decir que debiéramos representarnos lo más fielmente posible la vida de nuestros antepasados, empezando, naturalmente, por los prehistóricos, que llenan casi todo el tiempo que lleva de vida el género humano. Y de éstos precisamente queremos hablar ahora.

II

El estudio de la arqueología prehistórica tiene características que conviene recordar. *Ibi historia silet, lapides ossaque loquntur*, dice una inscripción que figura en la entrada de la célebre caverna de Istúritz. Lo que es tanto como decir: cuando faltan documentos escritos, ante el silencio de la historia, las piedras y los huesos hablan. Con esto sabemos a qué atenernos: nada de documentos escritos; las fuentes de nuestro estudio son de otra naturaleza y a ellas debaremos acudir forzosamente. ¿Dónde hallarlas?

Para la prehistoria de Vizcaya, las fuentes son los monumentos y yacimientos existentes en su territorio, el Museo Arqueológico de Bilbao y las publicaciones relativas a las exploraciones que han sido efectuadas aquí hasta el presente.

Para situar los monumentos y los yacimientos que existen en Vizcaya, la geografía regional puede servirnos de guía. Los grandes pastizales de verano, tales como Gorbea, Oiz, Kalamua, Ereza, Betayo y Armañón son el campo de nuestros monumentos megalíticos. Y los macizos calcáreos del cretácico enmarcan el área de la casi totalidad de los yacimientos prehistóricos conocidos en la provincia. Así, en la mancha infero-cretácica que se extiende de Udalatx hasta Somorrostro se hallan los yacimientos prehistóricos de Lezetxiki (1), de Oyalkoba y Albiztei (Amboto); de Bolinkoba y Astokoba (en Unzilatx); de Silibranka, Sailleunta y Atxuri (Mañaria), y de Balzola y Axlor (Dima) y de Arenaza (Galdames). En el macizo del pico Mirón y de sus estribaciones se hallan los yacimientos de Venta de Laperra y de Polvorín (Carranza). En el del triángulo Marquina-Lequeitio-Mundaca están los de Atxurra, Armiña, Goikolau, Lumentxa, Otoyó, Iperatx, Antoliña, Ondaro, Maruelexa (Castro de Navárniz), Ko-

(1) La cueva de Lezetxiki, abierta en una estribación de Udalatx, se halla en territorio guipuzcoano, pero muy cerca de Vizcaya, por lo que sus materiales pueden ser utilizados para ilustrar la prehistoria vizcaína.

baederra, Sagastigorri, Santimamiñe, Guñerradi (ya destruido), Atxeta y Moruzilo. Añádase a esto el yacimiento al aire libre de Barrica-Sopelana.

Han sido en parte excavados algunos de estos yacimientos, especialmente los de Lezetxiki, Bolinkoba, Atxuri, Silibranca, Lumentxa, Santimamiñe, Sagastigorri, Guñerradi, Atxeta y Maruelexa, y los dólmenes de Kalamua. Catas de menor importancia han sido practicadas en los de Oyalkoba, Albiztei, Armiña, Atxurra, Balzola, Venta de Laperra, Polvorín y Barrica - Sopelana. Los materiales hallados en tales exploraciones figuran, salvo los de Lezetxiki, en el Museo Arqueológico de Vizcaya, y las publicaciones que de ellos tratan han aparecido en diversas revistas, como «Cuadernos de Historia primitiva» (Madrid), «Munibe» (San Sebastián) y «Vizcaya» (Bilbao), y en folletos editados por la Excma. Diputación de Vizcaya, siendo las más importantes las relativas a Santimamiñe, Lumentxa, Bolinkoba, Maruelexa o Castro de Navárniz, Atxeta y Lezetxiki.

III

He ahí, pues, las fuentes de nuestro estudio. Pero no creamos que copiando los datos que ellas nos faciliten podremos trazar el cuadro completo de nuestra civilización primitiva y su proceso histórico: reunir sobre una mesa los miembros dislocados no es resucitar el organismo.

Sin embargo, mediante el empleo de criterios etnológicos adecuados al caso, hemos logrado ver un ordenamiento cronológico en el montón de despojos que es el resultado indefectible de toda excavación. Los hemos hallado, pues, distribuidos como hitos o jalones situados a lo largo de muchos siglos y milenios que discurren entre los más antiguos vestigios humanos descubiertos en Vizcaya y los hombres que, ya en las postrimerías de la Prehistoria, construyeron los cronlecs de Ereza o los rústicos muros del Castro de Navárniz.

Después, la aplicación de los criterios de forma y de cantidad permite descubrir su contexto o amueblar los intervalos de silencio que siempre quedan entre los jalones ya establecidos.

Aun así, no es posible medir adecuadamente aquellas culturas, que tanto distan de nosotros, con nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestro vocabulario contemporáneo. Mucha experiencia se requiere para tomar contacto con el espíritu de las sociedades prehistóricas.

Sin embargo, limitándonos a un papel modesto, podemos seguir la evolución morfológica de ciertas categorías o elementos culturales a partir de hechos críticamente establecidos. Nos interesa principalmente conocer el hombre, el medio, las técnicas y los modos de vida en cada uno de los grandes momentos o fases culminantes de la Prehistoria de Vizcaya.

IV

Los más antiguos vestigios humanos que conocemos aquí son ciertos instrumentos de piedra o lascas de pedernal, de esquisto, de arenisca y de ofita que aparecieron debajo de capas superopaleolíticas de Lezetxiki y en las estaciones de Kurtzia, de Polvorin (Carranza) y de Axlor (Dima). Son hachas, raderas, perforadores, raspadores, cinceles y puntas de lanza, asociados a huellas de fuego y a huesos de ciervos, de caballos, de toros, de renos, de osos, y —en localidades periféricas— de rinocerontes lanudos, de mamut, de hiena, etcétera (Figs. 2, 3 y 4). Atendiendo a la traza y al género de tales restos y a su situación estratigráfica, podemos decir que datan de los comienzos de la glaciación wurmiense —hace 45.000 años—; etapa fría, durante la cual discurrían por nuestro país o en las regiones aledañas los elefantes y los rinocerontes lanudos, el oso común y el de las cavernas, el toro, el caballo, el ciervo, el reno, la hiena de las cavernas y otras especies. Eran los tiempos o el período que los arqueólogos llaman *musteriense*, que pertenece al Paleolítico medio.

En tiempos anteriores —Paleolítico inferior o antiguo— estuvo probablemente habitada por el hombre la tierra de Vizcaya. Los hallazgos efectuados en territorios vecinos nos inducen a pensarlo. Pero no tenemos de esto ninguna prueba incontestable.

El ambiente frío de la época contribuyó, sin duda, a que el hombre musteriano buscara su refugio en cavernas de parajes montuosos, a menos de 500 metros sobre el nivel del mar. Y entre las cavernas escogió las situadas en las confluencias de los ríos y de los valles y en sitios que dominan de cerca un barranco, una cuenca cerrada o un desfiladero. Tal es el caso de Lezetxiki, de Axlor y de Polvorín (Fot. I y II).

Los restos de comida que acompañan a aquella industria rudimentaria en los hogares musterienses, nos prueban que la carne de animales formaba una parte, cuando menos, del alimento del hombre.

Tales restos culinarios, el emplazamiento de las habitaciones y el género de instrumentos usuales en la época, dan bastante a entender que la caza era la ocupación, o una de las ocupaciones más importantes de nuestros antepasados musterianos: caza de ojeo principalmente, con batidas y trampas, único modo de capturar los elefantes, los rinocerontes, los toros, los caballos y aun los cérvidos, dada la escasa eficiencia de las armas de que disponían.

La batida supone la asociación de cazadores. Por eso creemos que en aquellos tiempos existía ya una organización social y grupos suprafamiliares.

Ciertos instrumentos, como los llamados raspadores, cinceles, raederas y perforadores, aptos para trabajar en madera y en cuero, denotan labores subordinadas probablemente a la ocupación cinegética.

No sabemos qué tipo humano era el que vivía a la sazón en nuestro país. Suponemos, sin embargo, que era el llamado *Homo primigenius*, que ocupó por entonces muchas regiones del viejo mundo.

No hace falta que nos ocupemos aquí en describir sus rasgos físicos. Lo que sí conviene anotar es que su modo de

vida estaba erizado de dificultades. A causa del ambiente frío de la época, se vio precisado a albergarse en las cavernas, lo que le acarreó sin duda diversas enfermedades, entre las cuales, el reumatismo dejó vestigios bien patentes en sus huesos. Acechado por las fieras que le perseguían y le disputaban la caza, disponiendo tan sólo de un instrumental rudimentario y pobre para lograr su alimento mediante la captura de animales, no gozaba de situación propicia para elevar su nivel de cultura. Su inteligencia, sus instrumentos y la posesión del fuego le daban, sin embargo, tal superioridad, que le permitían vencer los principales obstáculos con que tropezaba en su lucha por la vida.

Es, pues, indudable que su mundo era un mundo dominado por la caza y tal había de ser todavía durante muchos milenios.

Su modo de vida no estaba, sin embargo, limitado a lo puramente sensible y material: la visión del futuro, de una vida más allá de la muerte, entraba como factor en sus planes. Sólo así tienen explicación las sepulturas y las prácticas funerarias que han sido reconocidas como usuales entre sus coetáneos del SW de Francia.

V

Del musteriense típico, con su industria de lascas, se pasa en Lezetxiki a nuevas formas de instrumentos derivados de la lámina y a una nueva técnica en la talla (retoque abrupto), que caracterizan la industria lítica del Paleolítico superior. Las piezas de Lezetxiki correspondientes a este nivel parecen Castelperronienses o de la primera etapa superopaleolítica. Con iguales reservas diremos que también en la base de Santimamiñe existe la misma industria con puntas curvas de borde rebajado, buriles en truncadura oblicua, lascas retocadas o raspadores en lasca, raederas (Fig. 5).

VI

En Santimamiñe y en Lumentxa (Lequeitio) continúa la serie con manifestaciones de cultura más reciente, es decir,

del *Auriñaciense* típico (Fot. III). Su industria cuenta con láminas de bordes retocados, raspadores aquillados y de forma de morro y pirámide, buriles de diversos tipos, puntas retocadas de las que algunas tienen anchos retoques laterales que preludian la talla solutrense, punzones de hueso con base biselada y con base hendida, etcétera (Fig. 6). Aparecen también las primeras figuraciones de siluetas de animales en Venta de Laperra (Carranza), en cuyas paredes fueron grabadas las de un uso, de un bóvido y de dos bisontes (Fig. 7).

El período glacial wurmiense continuaba con su clima frío y sus características, flora y fauna. El avellano, el pino, el aliso, el olmo y el brezo crecen en nuestra tierra. El ciervo, el reno, la gamuza, la cabra, el bisonte, el toro, el caballo y el oso la poblaban.

El tipo humano había cambiado. Ya había desaparecido el hombre de Neandertal (*Homo primigenius*), y fue sustituido por *Homo sapiens*. También éste vivió preferentemente en cavernas (Venta de Laperra, Santimamiñe, Lumentxa, etcétera); rara vez al aire libre, como en los flancos de Kurtzia (Barrica-Sopelana), donde tal vez sólo tuvo una simple cantera o taller.

Su modo de vida era parecido al del hombre musteriense, es decir, la caza de ojeo, utilizando trampas y concurso de arqueros con numerosas armas ligeras, arrojadizas.

La caza continuaba, pues, siendo la base de la economía. Tenía, además, otro alcance, puesto que ella ejercía su influencia sobre el artista que labraba los utensilios, fabricaba los amuletos, adornaba muchos objetos de uso manual y aun las paredes de las cuevas con figuras de animales y otros motivos decorativos o mágico-religiosos. De esta suerte, la caza daba su forma de expresión a la vida intelectual y espiritual de los hombres, especialmente a la religión, a la magia y al arte.

VII

El mismo tipo humano continuó en Vizcaya durante todo el resto del período glacial wurmiense, dedicado al mis-

mo género de vida, si bien introduciendo de tarde en tarde algunas novedades en sus técnicas, en su industria y en sus gustos artísticos.

Así, tras la etapa auriñaciense, que tuvo fin hace 24.000 años aproximadamente, vemos que el hombre de nuestra tierra da un nuevo impulso a la técnica del retoque abrupto en puntas finas de borde rebajado y en otros instrumentos de su uso, y utiliza láminas provistas de muescas, agujas y puntas de hueso y varillas adornadas con incisiones paralelas, adornos y colgantes hechos con mariscos y colmillos de ciervo perforados y cristales de cuarzo. Es la etapa o periodo *gravetiense*, que en Vizcaya está representada en el nivel inferior de Bolinkoba y en Santimamiñe. En ella no faltan, sin embargo, algunas piezas que recuerdan el musteriense y otras que parecen de industria protosolutrense (Fot. IV).

En la etapa inmediatamente posterior —hace 20.000 años—, la industria gravetiense de Bolinkoba aparece matizada por elementos del *Solutrense inferior* (Fots. V y VI). Se inicia, en efecto, una técnica de retoque facial en puntas y en otros instrumentos de sílex que presentan superficies más o menos planas. A estos objetos van asociados diversos utensilios de pedernal, como raspadores de varias formas, buriles diedros de eje y angulares, puntas y hojas de borde rebajado, etcétera, y otros de hueso trabajados en forma de punzones aplanados y cilíndricos o varillas semicilíndricas, con adorno de líneas incisas paralelas, además de colgantes de litorina obtusata, de nassa, de trivia y de cristal de cuarzo. (Fig. 9.)

VII

Más tarde la técnica de talla facial, en forma de retoques en peladarta, se extiende más, creando nuevas formas de instrumentos al lado de las antiguas. Es el *solutrense medio*.

Merecen ser señaladas una punta foliácea biapuntada, puntas de base convexa y fragmentos de otras, asociadas a numerosas puntas y láminas de dorso rebajado (estilo gra-

vetiense), raspadores discoidales y en extremo de lámina, hojas con retoques marginales, punzones de hueso de base redonda y de base en bisel sencillo (Fig. 10).

La técnica de la talla facial en peladura continua, produciendo utensilios que difieren de los anteriores en algunos detalles. Tales son las puntas foliáceas con escotadura en la base y las que tienen base cóncava, que en Lumetxa van acompañadas de instrumentos tradicionales de sílex y de hueso y colgantes de litorina, de *turritella* y de colmillo de ciervo.

En Santimamiñe la industria solutrense hace su aparición sobre un nivel gravetiense con alguna punta foliácea, un retocador-yunque de cuerno y otros elementos menos característicos (Fig. 11).

IX

La técnica de instrumentos de borde rebajado, que había perdurado a pesar de los cambios ocurridos en la industria lítica después del gravetiense, adquiere nuevo vigor a medida que desaparece el estilo Solutrense. Es el *Magdalenien*se, cuyo desarrollo se inició, según Movius, hace 15.300 años (1). Se distingue por un notable renacimiento del retoque marginal abrupto en diversos instrumentos tallados en lascas y en hojas de Bolinkoba, de Santimamiñe y de Lumetxa, los cuales aparecen principalmente en forma de láminas, puntas, buriles, escalenos y piezas microlíticas. Hay láminas con retoques marginales, otras sin retoques y muchos raspadores de los que unos son discoideos, otros arqueados y los más en extremo de lámina (Fig. 12). Hay también compresores, entre los cuales figura uno que tiene grabadas dos siluetas de cabras (Fig. 13).

(1) Movius, *Radiocarbon Dates and Upper Palaeolithic Archaeology in Central and Western Europe* («Current Anthropology», vol. I, núms. 5-8, nov. 1960). En la página 370 establece esta fecha para el Magdalenien III de la cueva de Yugo (Santander).

El instrumental óseo comprende puntas de diversas clases; azagaya de sección cuadrada con grabados esquemáticos que representan cuatro testuces de cabra; punzones bicónicos (algunos con base cónica provista de un ligero bocel); punzones de base en bisel sencillo; punta con ranura longitudinal; bastón perforado de cuerno con series de pequeñas aspas grabadas; hueso con surcos y grabados en forma de dientes; punta con grabado en forma de cabeza de pez. Hay además colgantes de colmillos de ciervo, de litorinas y de turritellas (Fig. 14).

Con tales manifestaciones de arte y de industria empieza en Vizcaya uno de los momentos más interesantes de nuestra prehistoria. Por cierto, en un clima sumamente frío, en el que el hombre tiene que luchar por su vida, poniendo en juego los recursos de su técnica y los de su religión y de sus artes mágicas, según puede barruntarse por el ajuar y por las representaciones de arte mobiliario de Bolinkoba.

X

A la primera fase magdaleniana, ya descrita, sigue otra que coincide con el nivel inferior de *Littorina littorea* de Lumentxa. Se halla representada en esta cueva y en las de Santimamiñe, Atxeta y Bolinkoba (Fot. VII).

Se distingue por el advenimiento de nuevas formas de instrumentos que modifican algo la industria precedente. Tales son ciertos tipos de arpón de una fila de dientes poco destacados, punzones de base en doble bisel y bastón perforado (Fig. 15), asociados a numerosos instrumentos líticos, peculiares unos (buril de pico de loro) y de larga tradición otros, como raspadores, buriles, piezas o laminillas denticuladas, perforadores, puntas de borde rebajado, compresores y percutores (Fig. 16). Colorantes de hematites y de ocre desgastados por el uso aparecen también formando parte del ajuar.

Hay, además, diversas plaquitas de piedra y huesos con grabados que representan caballos, bisonte, raposo, serpiente

(?) y otros animales borrosamente figurados en los yacimientos de Santimamiñe, de Lumetxa y de Atxeta (Fig. 17).

Colgantes, utilizados quizá como amuletos, son ciertos objetos agujereados: colmillos de ciervo, litorinas y huesos.

Añádase a lo dicho el magnífico conjunto de pinturas y grabados parietales de Santimamiñe, donde aparecen representados cuatro caballos, veintiún bisontes, un toro, un jabalí, un oso, un ciervo y tres cabras (Fots. VIII, IX, X, XI y XII).

El ajuar y el arte, tanto el mobiliario como el parietal, de esta etapa magdaleniense, nos indican que las actividades cinegéticas continuaban todavía siendo la principal ocupación del hombre y que la caza daba todo el material simbólico a los demás elementos de cultura.

XI

La etapa final del Wurmense coincide con la última fase del Magdaleniense, que corresponde al nivel superior de *Littorina littorea* de Lumentxa.

Los hombres que vivían a la sazón en Santimamiñe y en Lumentxa fabricaron, utilizaron y nos dejaron numerosas piezas microlíticas, puntas semilunares y buriles en pico de loro al lado de puntas de la Gravette y otros instrumentos líticos tradicionales (Fig. 18). Además, arpones cilíndricos de una y de dos filas de dientes bien destacados, azagayas, varillas cilíndricas, etcétera (Fig. 19).

XII

La tradición magdaleniense continúa en Vizcaya aun después que la glaciación wurmiense hubo desaparecido, si bien limitada a una parte del ajuar. Es el período *aziliense*, el cual empieza 10.000 años antes de J. C., y en Vizcaya está representado en Santimamiñe, en Lumentxa, en Bolinkoba, en Atxeta, en Balzola y en Silibranka.

El uso de microlitos como instrumentos sigue en auge —disquitos y piezas semilunares—, pero no faltan a su lado diversos tipos de raspadores, buriles, puntas y láminas de borde rebajado, perforadores, láminas con muescas y compresores semejantes a los del Paleolítico reciente (Fig. 20).

Los arpones ya no son cilíndricos, sino aplanados, y van provistos de orificio para cuerdas (Fig. 21). Tampoco hallamos vestigios de arte mobiliario ni parietal. Esto indica quizá un cambio en la mentalidad mágico-religiosa del hombre aziliense, o más probablemente, un simple cambio de simbolismo.

En las tradiciones culinarias de Lumetxa, las litorinas pierden su antiguo predominio, que pasa a los magurios y mojojones, lo que revela, sin duda, el advenimiento de un clima más benigno que en los períodos precedentes. La fauna de Santimamiñe confirma este juicio.

El hombre azilense de Vizcaya se dedica también más a la caza que a la recolección de mariscos para lograr su sustento, como nos lo prueban las proporciones de alimentos de uno y otro género representadas en la base del conchero de Santimamiñe.

Un clima más benigno se tradujo en una vegetación más rica, que permitió al hombre procurarse alimentos vegetales más variados y abundantes que antaño y liberarse parcialmente de las tareas venatorias, lo que repercutió seguramente en todas las categorías de su vida cultural.

Aún vivía en las cavernas, como sus predecesores del Paleolítico superior. Pero tenemos razones para pensar que su tipo físico no era el mismo que el de éstos. Por los restos humanos azilenses hallados en Urtiaga, no lejos de Vizcaya, sabemos que el hombre de Cro-Magnon, habitante del SW de Europa durante el Paleolítico superior, había evolucionado aquí hacia un tipo al que los antropólogos llaman «pirenaico», y cuyos descendientes son los vascos históricos.

XIII

Sigue al Aziliense en Santimamiñe un largo período (de 5.000 a 3.500 antes de J. C.), en el que los habitantes de aquella caverna recogían mariscos, particularmente ostras, magurios, mojojones, chirlas y lapas como complemento de su alimentación, que aún continuaba, en parte, encomendada a la caza.

La industria lítica, que conservaba algunos instrumentos azilienses, como la punta de borde rebajado y disquitos raspadores, empezó a utilizar nuevos elementos. Tales eran ciertos microlitos triangulares, hachas labradas en gruesas lascas y en cantos rodados, pico tallado en forma piramidal, raederas limaciformes, grandes raspadores discoideos y aquilados, puntas robustas con retoques marginales y láminas con muescas y escotaduras (Figs. 22 y 23).

De hueso eran ciertas varillas aplanadas con un extremo afilado formando ancho corte de cincel o de cuña, punzones bicónicos y agujas (Fig. 24).

Tampoco faltaban aquí cristales de cuarzo, tan usuales en las épocas precedentes.

Este ajuar, en el que pervive un fondo aziliense y aun paleolítico, comprende también elementos que tienen paradigmas tanto en la industria llamada campiniense como en la asturiense y en la tardenoisiense de otras regiones.

XIV

De 3.500 a 2.000 años antes de J. C. tuvieron lugar diversos cambios en los modos de vida de los habitantes de Vizcaya. Era el tiempo que los prehistoriadores conocen con el nombre de *Neolítico*. Documentos de aquel período han sido hallados en varias localidades de Vizcaya, principalmente en Lumentxa, en Bolinkoba, en Atxeta y en Atxuri.

Un clima templado, del que es indicio la abundancia de magurios y de mojojones en los niveles neolíticos de nuestro

país, favorecía el desarrollo del revestimiento vegetal de la tierra, asegurando así una buena parte de la alimentación tanto al hombre como a muchas especies animales que aquí habitaban.

La fauna comprendía el toro, el caballo, el ciervo, el corzo, la gamuza, la cabra montés, el jabalí, el zorro, el gato montés, la garduña, la marta y aun la oveja.

En el nivel neolítico de Lumentxa y de Atxeta fueron hallados restos humanos que apenas presentaban rasgos diferentes de los valores medios del tipo vasco actual, lo que indica que el hombre «pirenaico», presente en Vizcaya durante el Aziliense, continuaba sin modificación apreciable después de varios milenios.

De su vestido no conocemos objetos que lo recuerden, si no son las agujas de Santimamiñe y de Atxuri, que debieron ser utilizadas en la costura de vestimenta.

Cantos de ocre desgastados por el uso revelan probablemente prácticas de pintura corporal.

Los hombres de nuestra tierra continuaban todavía practicando, en general, un tenor de vida semejante al de la etapa precedente: la caza ante todo, la recolección de alimentos vegetales y en la región costera, la búsqueda de mariscos. Pero ya en aquel tiempo, conocieron un género de explotación ganadera y de vida pastoril: la aparición de huesos de oveja —especie exótica— en el nivel neolítico de Santimamiñe es un indicio. Es posible que aplicaran también al caballo, a la vaca y a la cabra, que vivían en estado salvaje en esta tierra, algún método de domesticación o semidomesticación parecido al que conocimos hace todavía cincuenta años en algunas aldeas de nuestro país.

Emplearon molinos de piedra, como el hallado en Lumentxa, lo que revela el probable uso de granos en la alimentación y quizá una incipiente agricultura. Utilizaron, en general, un ajuar de tipo campesiño, pero introdujeron aquí también algunas novedades. Tales eran el hacha y el martillo pulimentados, las puntas de flecha tajantes y foliáceas

y la industria cerámica representada por vasijas de barro sin desgrasantes y con impresiones digitales al principio y con adornos crateriformes, con cordones en relieve, con surcos e impresiones de zarzos más tarde. Este último detalle prueba el uso de recipientes tejidos con mimbre o con flejes de madera (Figs. 25 y 26).

Tampoco faltan colores, colgantes de piedras y cristales de cuarzo en el Neolítico vizcaíno. Estos últimos objetos pudieron tener como finalidad el adorno del cuerpo; pero es más verosímil que su uso obedeciera a ideas mágicas o religiosas.

Los muertos eran depositados en cuevas y aplacados, al parecer, con ofrendas. Esta debió de ser la finalidad de la vasija de barro hallada junto a los huesos infantiles de Lumentxa. Persistía, sin duda, la vieja creencia en una vida futura.

Resumiendo las ideas que nos sugieren los datos y las observaciones precedentes, diremos que el Neolítico fue aquí un período de transformaciones relativamente grandes. La introducción de la oveja y la domesticación de otros animales con las que se iniciaba la explotación ganadera; la adquisición de nuevos instrumentos, los molinos de mano y la cerámica abrían la puerta a nuevos avances en la industria y en las realizaciones humanas.

XV

ENEOLITICO.—Hacia el año 2.000 antes de J. C., el paisaje natural de Vizcaya continúa siendo como en el Neolítico. En cambio la ocupación humana se extiende notablemente a consecuencia de la explotación ganadera y la vida pastoril trashumante de una parte de la población. Muchas tierras, sobre todo las zonas altas, antes apenas habitadas, fueron ocupadas por el hombre y por sus rebaños de ovejas, de vacas y de cabras. Tales eran las montañas de Calamúa, de Oiz, de Gorbea, de Ereza, de Betayo, de Mazo y de Armiñón.

El tipo humano del periodo anterior continúa en nuestra tierra, a juzgar por los restos hallados en el nivel eneolítico de Santimamiñe.

Las cuevas eran habitadas como antaño (Santimamiñe, Lumentxa, Sagastigorri, Oyalkoba); pero también lo eran muchas cabañas al aire libre —de los pastores principalmente—, según nos lo prueban los fondos de vivienda, como el que hubo junto a la ermita de Santimamiñe (Cortézubi). Aunque no conocemos la forma de tales cabañas, suponemos que en los pasturajes estivales serían semejantes a las chozas pastoriles que han sido tradicionales hasta ahora en nuestras montañas.

Vestigios de la indumentaria de aquellos tiempos no han sido hallados aquí. Es de creer, sin embargo, que el hombre aprovechara la piel y la lana de los animales domesticados y sedimodesticados para fabricar vestidos y calzados: a esto responden diversos instrumentos como lernas, agujas, alisadores y cinceles que aparecen en sus hogares.

La industria eneolítica comprende, desde luego, numerosas piezas de estilo tradicional: cuchillos, raspadores, raederas, perforadores, alisadores, limas, puntas de dorso rebajado, percutores, vasos cerámicos, colgantes de piedra, de azabache y cristales de cuarzo. Al lado de este fondo heredado de los antiguos figuran objetos nuevos, como las hachas de piedra pulimentada de forma trapecial, de las que es ejemplar magnífico el hacha de Dima, hoy expuesta en el Museo Arqueológico de Bilbao; puntas de flecha foliáceas y de aletas; hachas, punzones y cinceles de cobre; vasijas de barro lisas y con pezones, decoradas con incisiones y acanaladuras paralelas; colgantes de barro cocido, etcétera (figuras 27 y 28).

Las primeras obras de construcción que conocemos en nuestro país datan de este tiempo, algunas tal vez del Neolítico. Son los dólmenes o monumentos fúnebres que a la población pastoril de Vizcaya servía de cueva sepulcral capaz de contener algunos o muchos cadáveres. El dolmen es un

recinto de planta poligonal formado por varios bloques de piedra sin labrar, dispuestos más o menos verticalmente sobre el suelo y cubierto por una o más losas. Una de las piedras laterales —la del lado E o SE— es más baja que las demás, de suerte que entre ella y la cubierta quede un hueco a modo de ventana. El eje mayor de la planta está orientado de E a W, aproximadamente. El conjunto se halla rodeado y cubierto por un túmulo o montículo de tierra y de cantos informes (Fig. 29).

En Vizcaya tenemos estaciones dolménicas en Kalamúa, en Estrakinburu (Jemein), en Oiz, en Gorbea, en Ereza, en Eskartxabel, en Betayo, en Mazo y en Armiñón, es decir, en pasturajes de verano, como ocurre en la mayor parte de los casos registrados a lo largo de la zona pirenaica. Una estación dolménica del Pirineo está emplazada generalmente en una majada pastoril de nuestros días o de otros tiempos; no es probable hallar un dolmen lejos de algún sitio adecuado para establecimiento de pastores (Fot. XIII).

Puede decirse que el pastor tenía su tumba o dolmen junto a su vivienda. No hemos hecho excavaciones en dólmenes vizcaínos, salvo en los de Kalamúa, que proporcionaron pocos datos; pero de las efectuadas en los de las regiones vecinas sabemos que los pastores colocaban en ellos a sus muertos, como muchos de sus contemporáneos no pastores depositaban a los suyos en cuevas naturales. Al muerto le proveían de armas (flechas, cuchillos, punzones) y de colgantes o amuletos de azabache, de alabastro, de hueso, de dientes de oso, de caballo y de jabalí, de cristales de roca, etcétera.

Lo dicho nos da a entender que los modos de vida del hombre eneolítico de Vizcaya eran la caza, la pesca, la recolección de plantas, granos y frutas y el pastoreo.

Que la caza continuaba todavía siendo recurso importante de una parte de la población para proveerse de alimentos, nos lo prueban los estratos eneolíticos de Santimamiñe y de Lumentxa. En el de Santimamiñe, por ejemplo, el se-

senta por ciento de los huesos de sus hogares correspondían a animales salvajes (ciervos y jabalíes ante todo), y lo restante a especies que pudieron estar domesticados (vaca, caballo, oveja, cabra y perro). La pesca y la recolección de mariscos tenía también mucha importancia en las estaciones próximas a la costa.

No tenemos ningún dato para apreciar la cuantía de los comestibles vegetales que entraban en la alimentación; pero es indudable que la recolección de granos, de frutas y de plantas o una agricultura incipiente ocupaba a muchos, principalmente en las zonas bajas.

Al pastoreo se dedicaba otra parte de la población, que hacía vida transhumante con su flujo y reflujo periódico de hombres y de animales que de las regiones bajas subían a los pasturajes de altura y que del monte descendían al valle.

Los dólmenes y su contenido son también documentos materiales y signos visibles de un mundo de creencias, de nociones y de intenciones. Ellos nos permiten barruntar que la vida de ultratumba entraba entre los cálculos del hombre eneolítico. La orientación Este-Oeste de la cámara dolménica, las ofrendas y los amuletos que acompañaban a los muertos revelan un culto de antepasados que va ligado en todas partes a ideas o creencias y sentimientos religiosos. La entrada de la tumba dando frente al Oriente y la posición de los cadáveres tendidos en dirección del curso solar son hechos que han llegado a los tiempos históricos formando parte de un culto al astro diurno.

XVI

De 1.200 a 600 años antes de J. C. es la etapa llamada «*Edad del bronce*». Durante ella, la cultura de nuestros antepasados de Vizcaya era semejante a la del Eneolítico, salvo ciertas modificaciones técnicas e industriales que la caracterizan.

Los vestigios del hombre de esta edad, si bien escasos, han sido hallados en varios sitios de Vizcaya, particularmente en Santimamiñe, Goikolau (Berriatúa) y Oyalkoba (en Amboto).

Son de piedra, como en los períodos precedentes, casi todos los instrumentos. Hay también objetos de bronce, como hachas, puntas de flecha y de lanza, leznas y brazaletes. Son de hueso y de piedra muchos aretes o elementos de collar (Fig. 30).

Muchos albergues eran, indudablemente, chozas situadas en parajes adecuados al modo de vida de sus ocupantes. Pero las cuevas continuaban todavía siendo habitadas. En éstas y en dólmenes eran depositados los muertos, siempre acompañados de armas, de amuletos y de vasijas de barro que contenían piadosas ofrendas.

XVII

En las cuevas de Goikolau, de Sagastigorri y de El Bortal (Carranza) aparecieron vestigios prehistóricos, al parecer, de la *Edad del hierro*, que después de la del bronce, se prolonga hasta que se dejan sentir las primeras influencias de la cultura romana. Consisten en vasijas de barro colocados en tales sitios con cenizas de cadáveres (según suposición corriente), consecuencia de las prácticas de incineración que en aquella edad habían sido adoptadas por una parte de la población; pero no es seguro que aquellos recipientes contuviesen cenizas, puesto que no se hizo ningún análisis que lo decidiera (Fig. 31).

De este tiempo son también las sepulturas de incinerados formadas por piedras hincadas en el suelo en forma de circunferencia. Son los *arrespil* o cronlechs dispersos por las regiones pirenaicas desde el Ariegè hasta Vizcaya. En esta provincia existen tres: dos en el monte Ereza y uno en el de Betayo, cerca de la frontera con Santander (Fig. 32 y fot. XIV y XV).

Es también de la misma edad el Castro de Navárniz, situado en el monte Arrola. De él quedan restos de fortificaciones en el paraje llamado *Maruelexa* (iglesia de moros). Son rústicas murallas de masa terriza protegida al exterior por paredes paralelas de mampostería en seco o con barro. Construido por la población indígena, este sistema defensivo o lugar de refugio, gemelo de los castros de época céltica (Ocenilla [Soria], Las Cogotas [Avila], Inchur [Guipúzcoa]), data, probablemente, del siglo IV o III antes de J. C., a juicio de Taracena y Fernández de Avilés, que el año 1943 habían efectuado excavaciones en su recinto, si bien debió ser utilizado también más tarde, en época imperial, a juzgar por algunos objetos hallados en él (un par de molinos de mano que en 1925 vimos Aranzadi y yo en el caserío de Arro-lagoikoa, y dos trozos cerámicos de *terra sigillata*).

Los escasos restos del campo fortificado de Arrola llegaron hasta nuestros días envueltos en una atmósfera legendaria de la que nos hicimos eco en *Eusko-Folklore* (Vitoria, 1921). En efecto, en las leyendas de las aldeas vecinas se señala la cumbre de Maruelexa como lugar donde en la mañana de San Juan, coincidiendo con la salida del Sol, se eleva una caldera, y es creencia que en el punto donde sale el misterioso recipiente se halla un tesoro enterrado.

También ha sido considerado como obra de la Edad del Hierro el *Idolo de Miqueldi* (Durango), monumento de piedra arenisca que representa un novillo o un verraco de gran tamaño, que tiene entre sus patas un disco cuyas caras podrían ser figuras del Sol y de la Luna. Así podríamos decir que el monumento reproduce aquel mito popular en el que la «Madre Tierra», a cuyo seno se retiran ambos astros al ponerse en el horizonte, aparece en figura de novillo, de caballo, de macho cabrío o de verraco. Hoy se halla en el Museo Arqueológico de Bilbao.

Llegamos ya a los albores de la historia, y por lo tanto, al término de mi disertación. Por lo dicho, es fácil comprender que los estudios de nuestra prehistoria, a pesar de sus

progresos de los últimos cincuenta años, tienen aún muchos problemas que resolver. El Paleolítico antiguo aparece nebuloso; pero tampoco la etapa final de los tiempos prehistóricos se nos presenta más clara. A medida que el hombre se libera del dominio de la caverna, resulta más difícil la conservación de sus huellas: el clima de nuestro país borra rápidamente cuanto queda al aire libre o lo cubre en poco tiempo con manto vegetal que no deja ver los vestigios que protege. De ahí la relativa escasez de datos conocidos que esclarezcan la vida de nuestros antepasados de la Edad del Hierro. Esperamos, sin embargo, que en este y en otros aspectos del estudio de nuestras antigüedades, el Servicio Provincial de Excavaciones Prehistóricas, recientemente creado por la Excm. Diputación de Vizcaya, y esta JUNTA DE CULTURA que promueve y patrocina cuantos estudios interesan a esta provincia, irán extrayendo de nuestro suelo los datos que sean precisos para una solución adecuada de los problemas planteados por la prehistoria vizcaína.

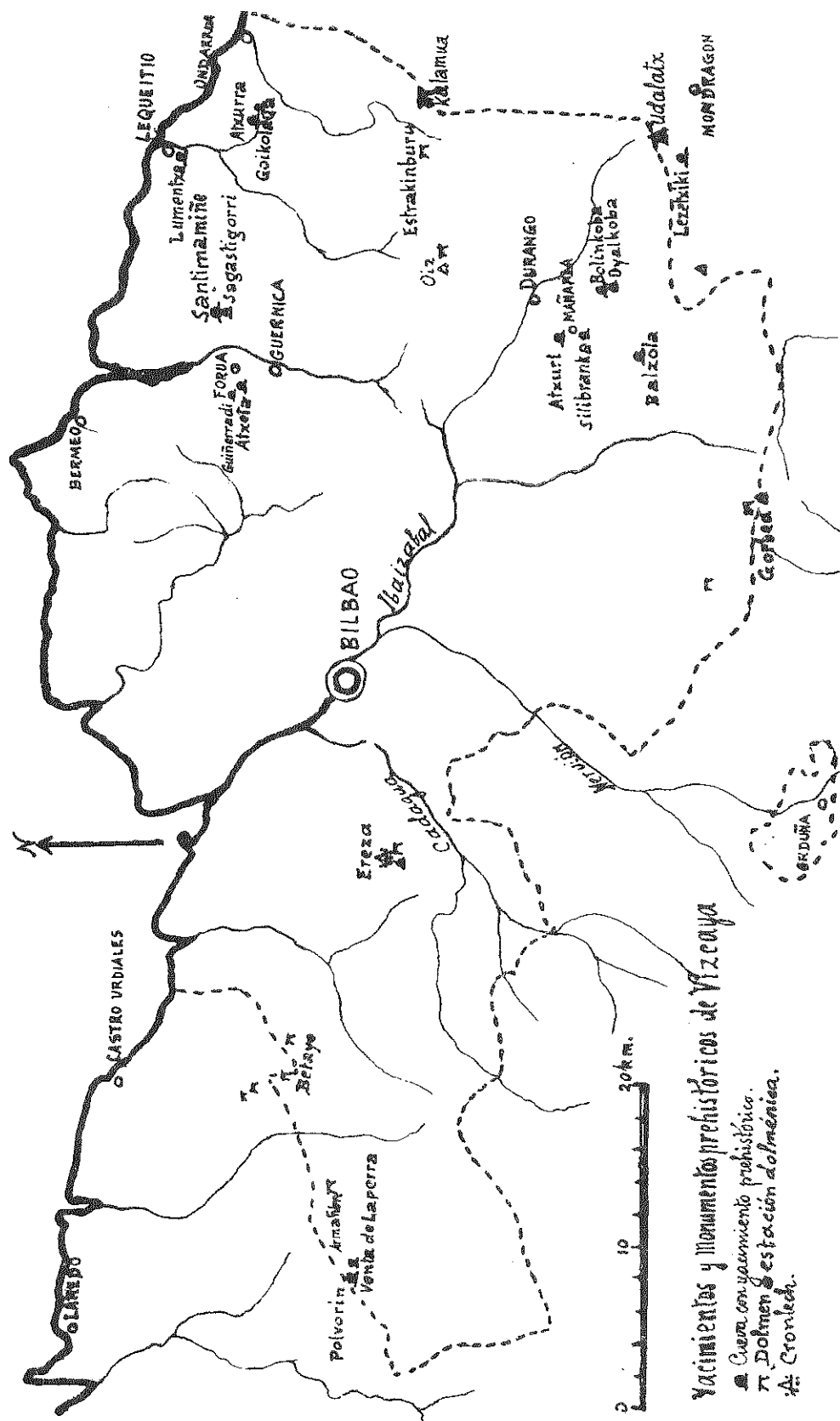


FIG. 1

Vaquinos y monumentos prehistóricos de Vizcaya

- ▲ Cueva con yacimiento prehistórico.
- ▴ Dolmen y estación dolménica.
- A: Cronología.

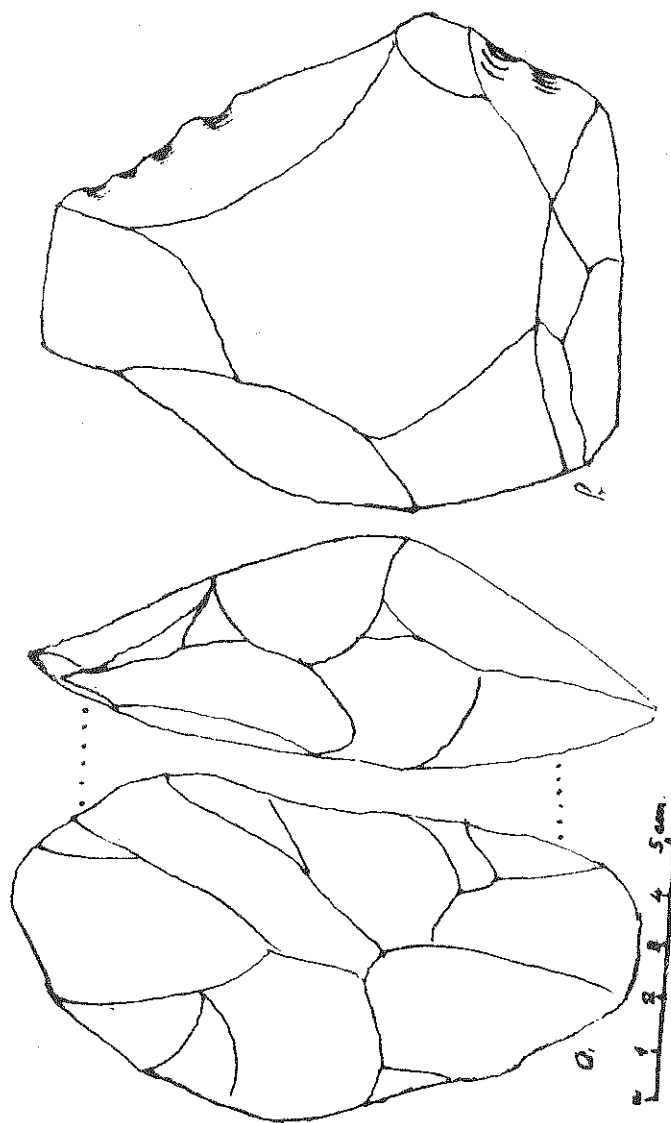


FIG. 2.—Hachas talladas en arenisca procedentes de la capa musteriense de Lezeixiki

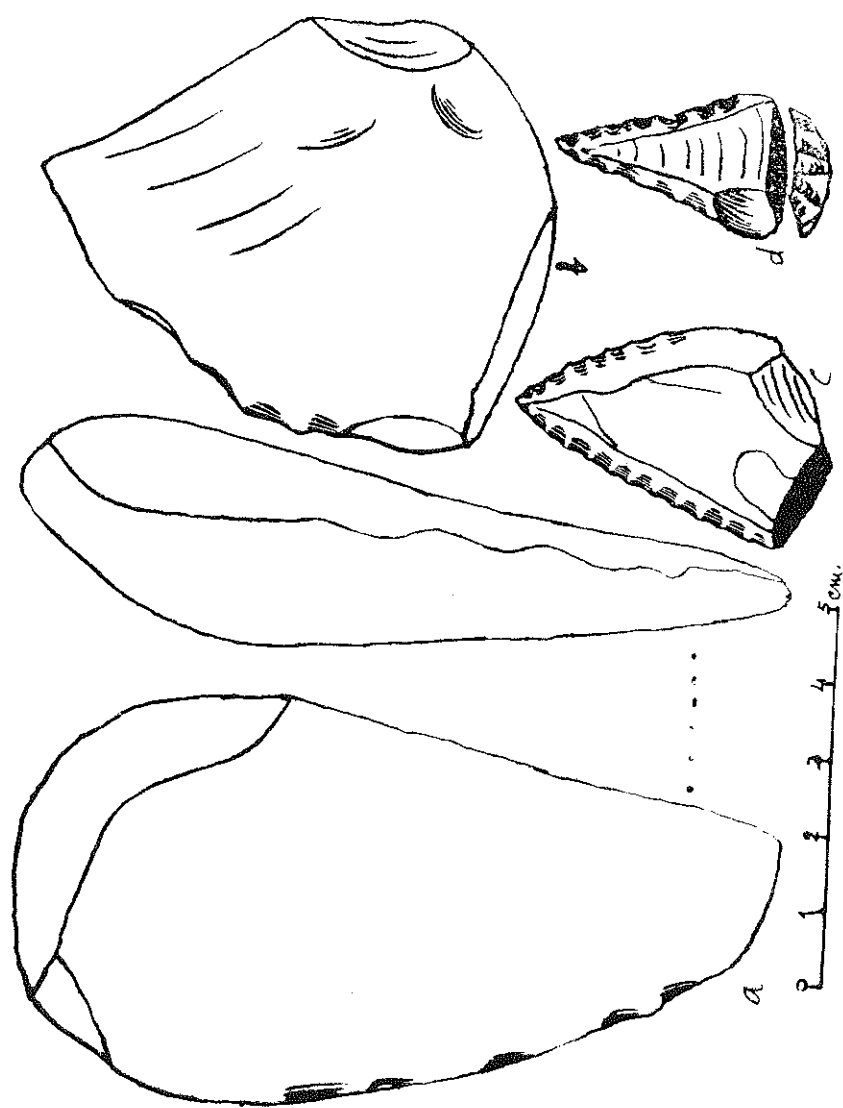


FIG. 3.—Industria musteriense de Lezetxiki: a y b, hachas de arenisca toscamente talladas; c y d, puntas de sílex talladas de un lado (la d tiene talón preparado)

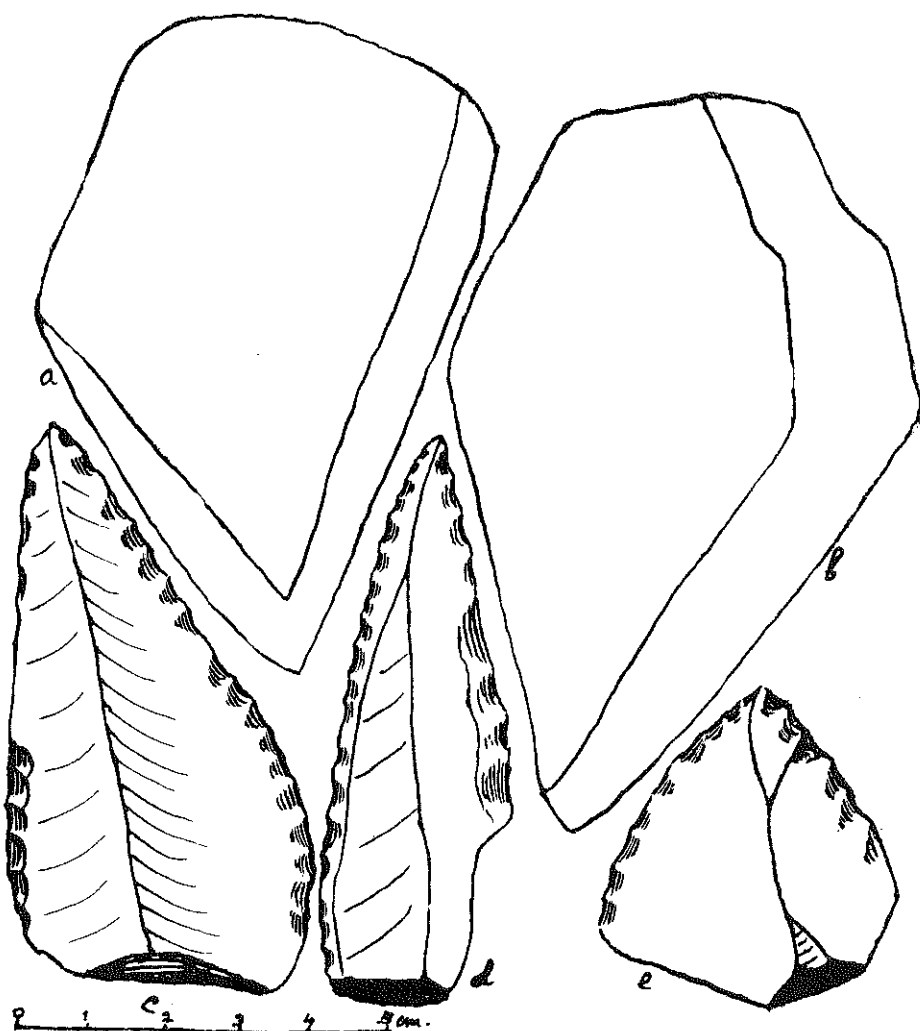


FIG. 4.—Industria musteriense de Lezetxiki: a y b, picos de arenisca; c, d, e, puntas de pizarra

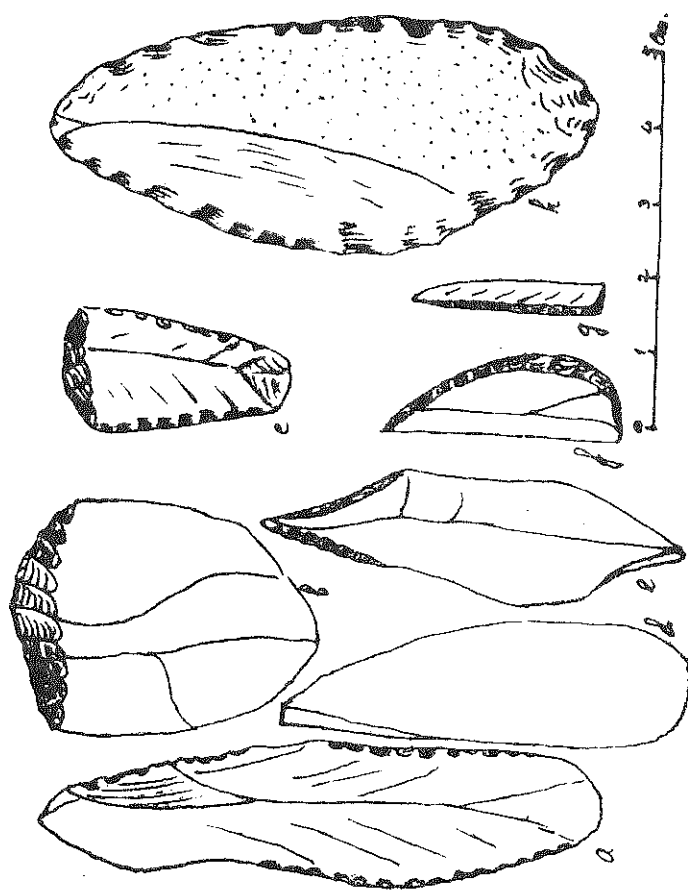


FIG. 5.—Industria en sílex castelperroniense de Santinamiñe: a, lámina; b, c, raspadores; d, buril diedro de eje; e, punta-buril; f, g, puntas de borde rebajado; h, raedera

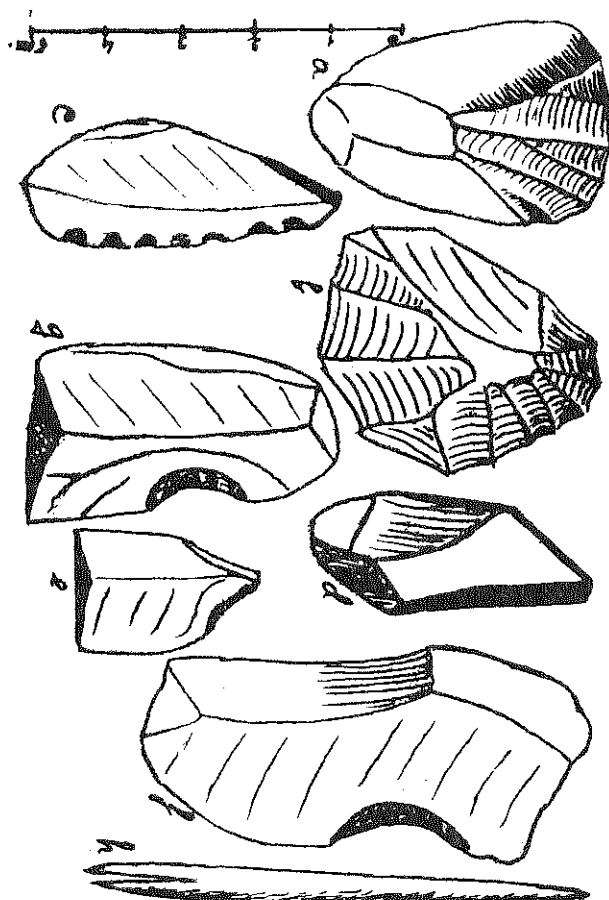


FIG. 6.—Industria auriniaciense: a, b, raspadores de Santinamiñe; c, d, e, buriles de Santinamiñe; f, lámina con escotadura de Santinamiñe; g, ídem de Lumentxa; h, punta de hueso de base hendida de Santinamiñe

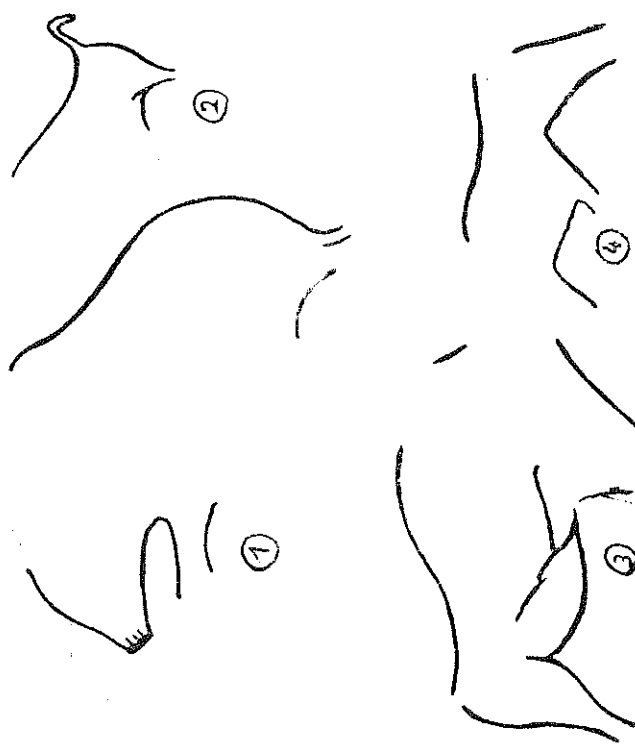


FIG. 7.—Figuras grabadas de la cueva de Venta de Laperra
(Carranza)

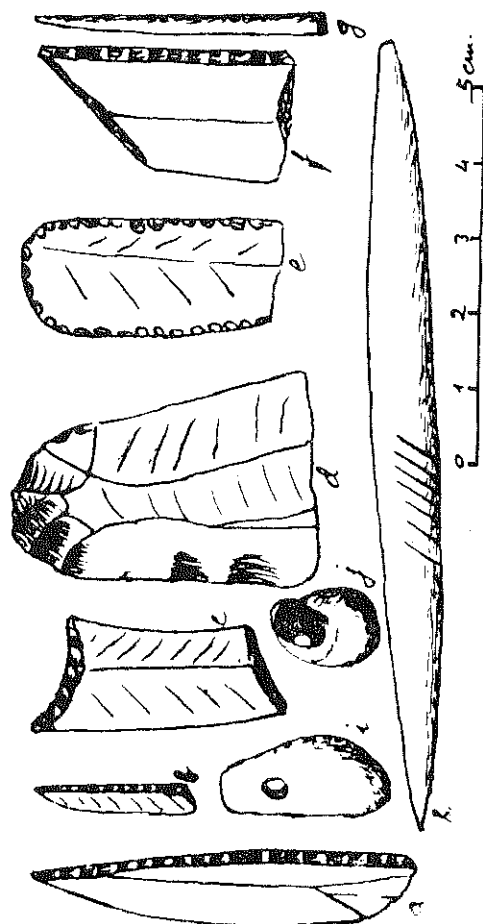


FIG. 8.—Industria gravetiense: a, b, puntas de borde rebajado; c, buril; d, raspador; e, lámina de bordes retocados de Lumentxa; f, buril de sílex; g, aguja; h, punzón de hueso de Santimamiñe; i, colmillo de ciervo; j, litina perforada de Lumentxa

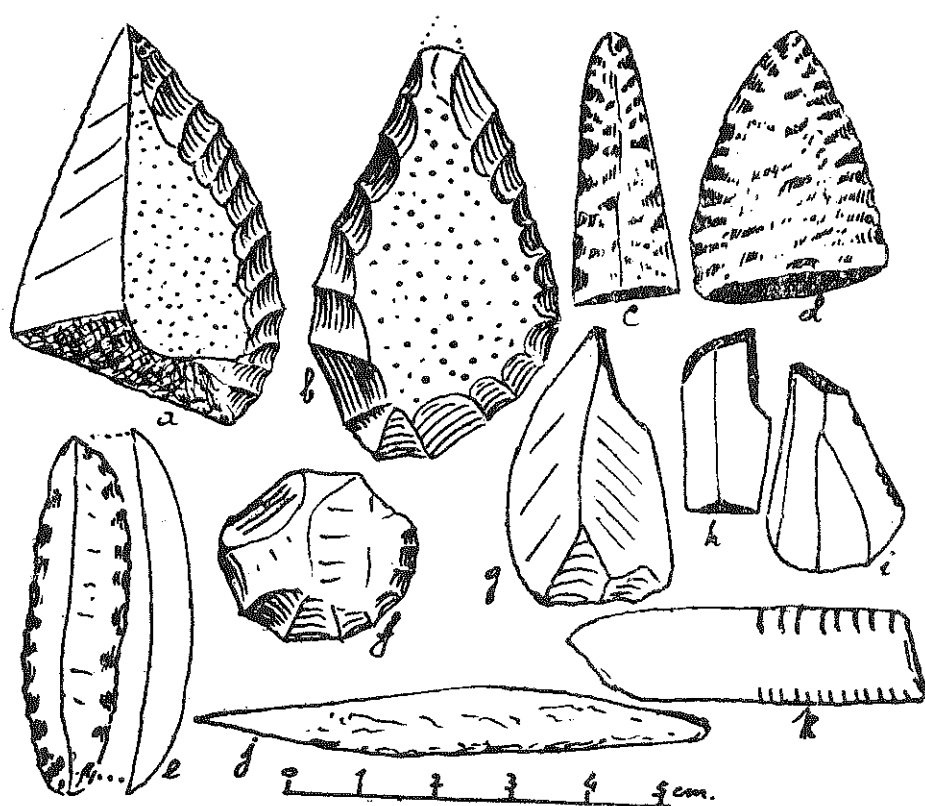


FIG. 9. — Industria del Solutrense inferior de Bolinkoba: a, b, c, d, puntas con retoque facial; e, raedera noviforme; f, raspador discoideo; g, h, i, buriles; j, punzón aplastado; k, hueso con marcas

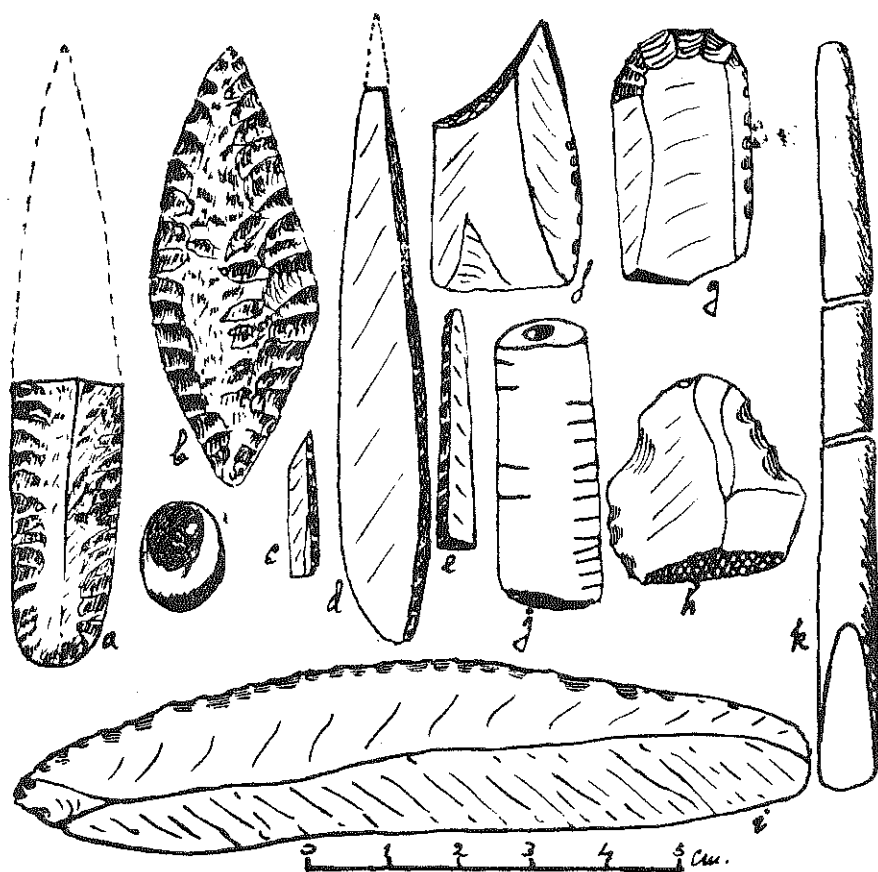


FIG. 10. — Industria del Solutrense medio de Bolinkoba: a, b, puntas de retoque facial en ambas caras; c, d, e, puntas y lámina de borde rebajado; f, buril de ángulo; g, h, raspadores; i, lámina; j, hueso con marcas y orificio tubular; k, punzón de hueso de base listada

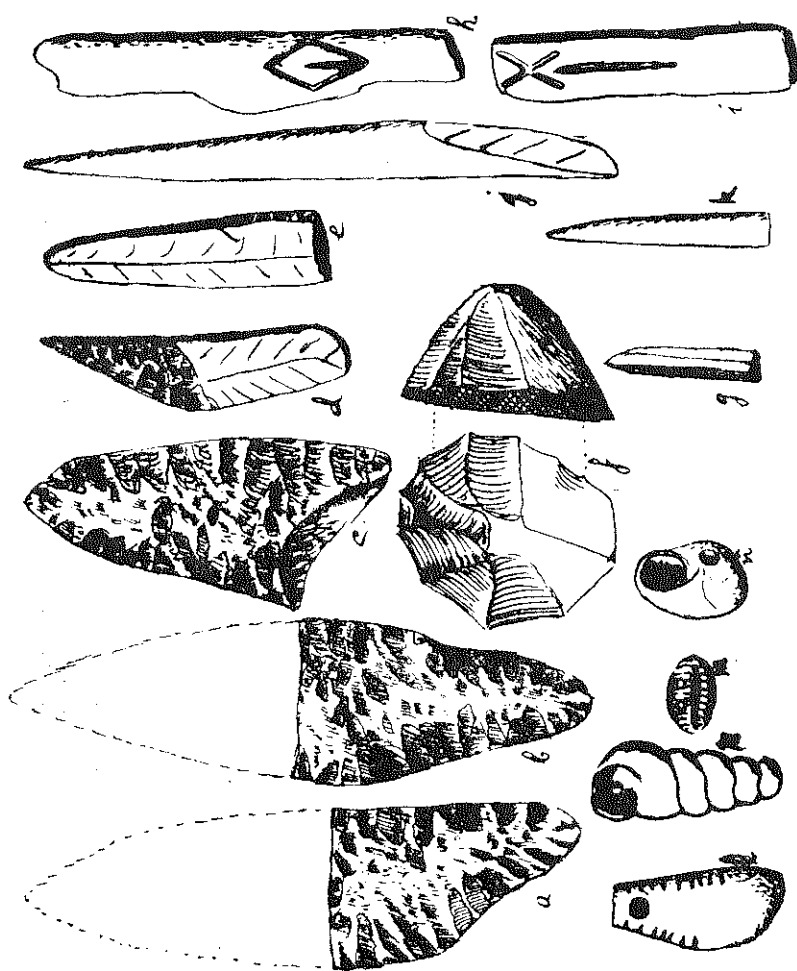


FIG. 11. — Industria del Solutrense final: a, b, puntas foliáceas de Bolinkoba; c, ídem de Santimamiñe; d, e, g, puntas de lado o borde rebajado; f, raspador cónico; j, k, punzones de Lumentxa; h, i, huesos marcados de Santimamiñe; l, colmillo de ciervo con marcos y orificio de suspensión; m, n, ñ, mariscos agujereados

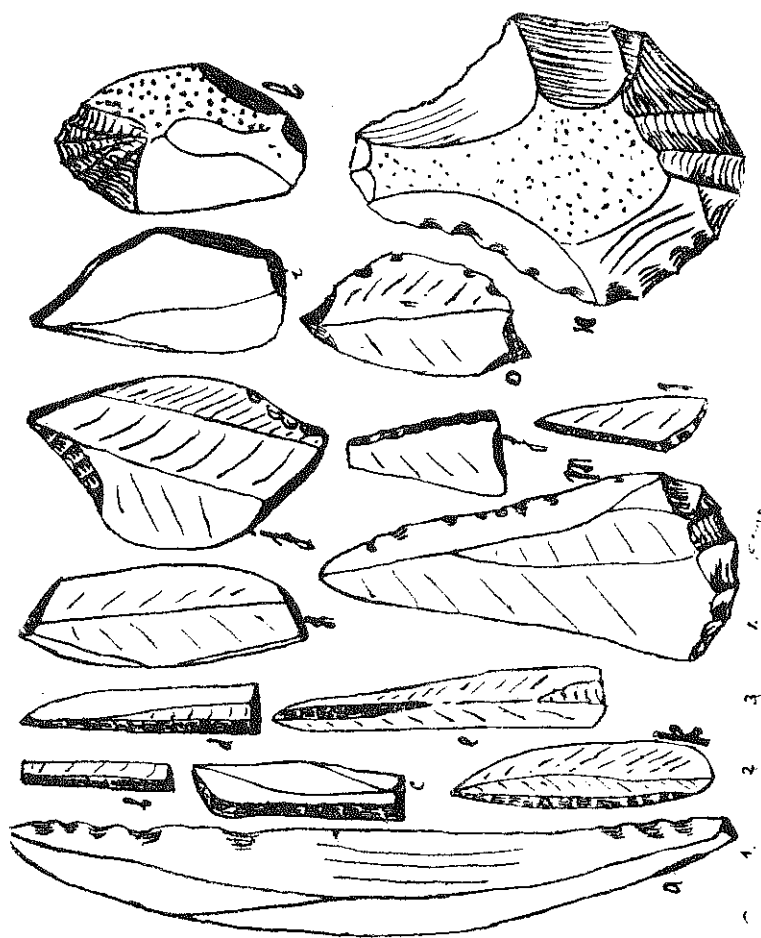


FIG 12.—Industria magdaleniense (primera etapa): a, lámina de Santimamiñe; b, c, f, g, puntas y láminas de borde rebajado de Santimamiñe; d, punta de borde rebajado de Lumentxa; e, punta de dorso rebajado de Lumentxa; h, i, j, buriles; k, punta de borde retocado; l, m, n, raspadores de Santimamiñe; o, perforador (doble) de Santimamiñe

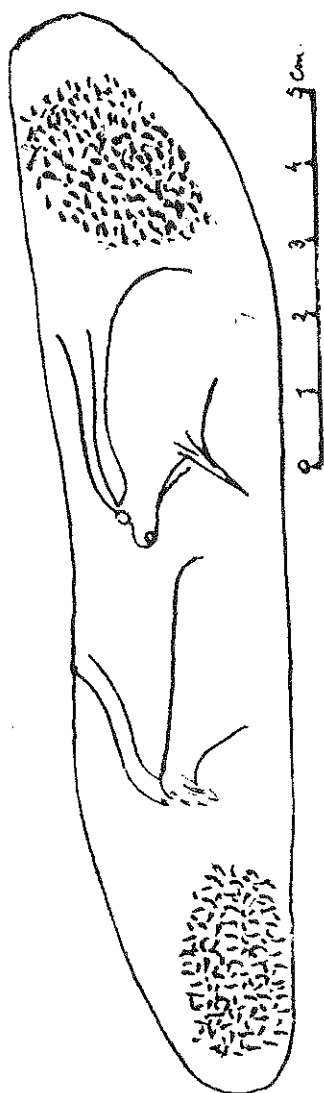


FIG. 13.—Compresor magdalenense de Bolinkoba

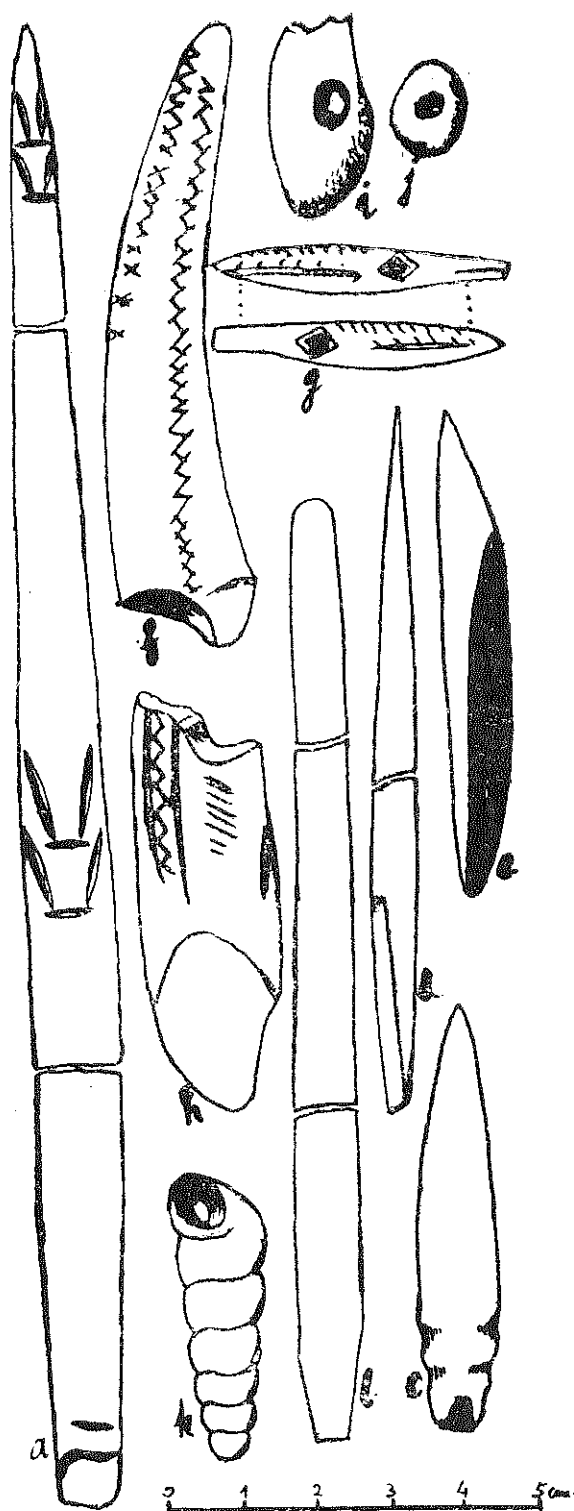


FIG. 14.—Bolinkoba: Objetos de hueso del Magdaleniense (primera etapa):
a, azagaya de sección cuadrada; b, punta de base en bisel doble; c, d, e, pun-
zones; f, bastón perforado; g, h, huesos con dibujos; i, colmillo de ciervo
perforado; j, k, rodete de hueso y turritela agujereados

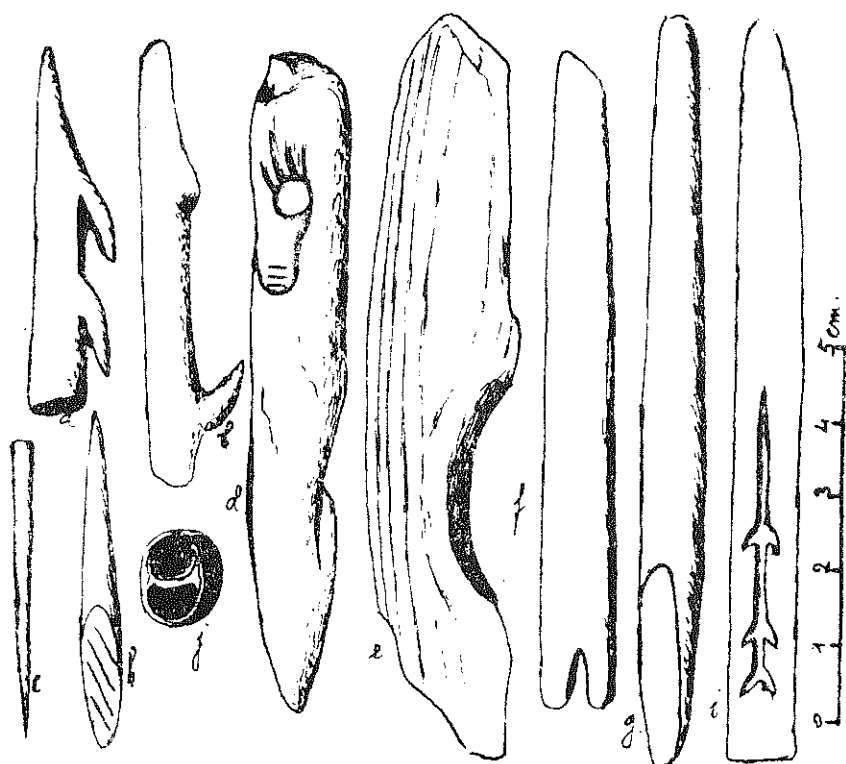


FIG. 15. — Industria de hueso y cuerno del Magdaleniense (segunda etapa): a, arpón cilíndrico de Santimamiñe; b, ídem de Lumentxa; c, aguja de Santimamiñe; d, punta de cuerno con grabado de Santimamiñe; e, fragmento de bastón perforado (?) de Santimamiñe; f, punzón de base ahorquillada de Lumentxa; g, h, punzones de base biselada de Santimamiñe; i, trozo de punzón con grabado de Lumentxa; j, litorina desgastada intencionadamente

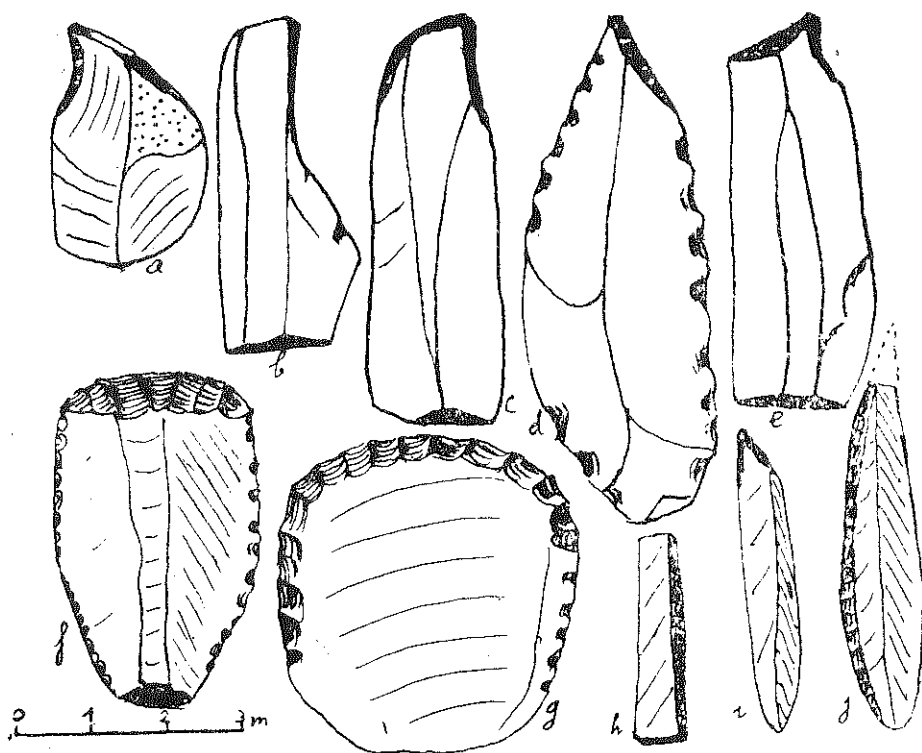


FIG. 16.—Industria lítica magdaleniense (segunda etapa) de Santimamiñe: a, b, c, d, e, buriles; f, g, raspadores; h, i, j, lámina y puntas de borde rebajado

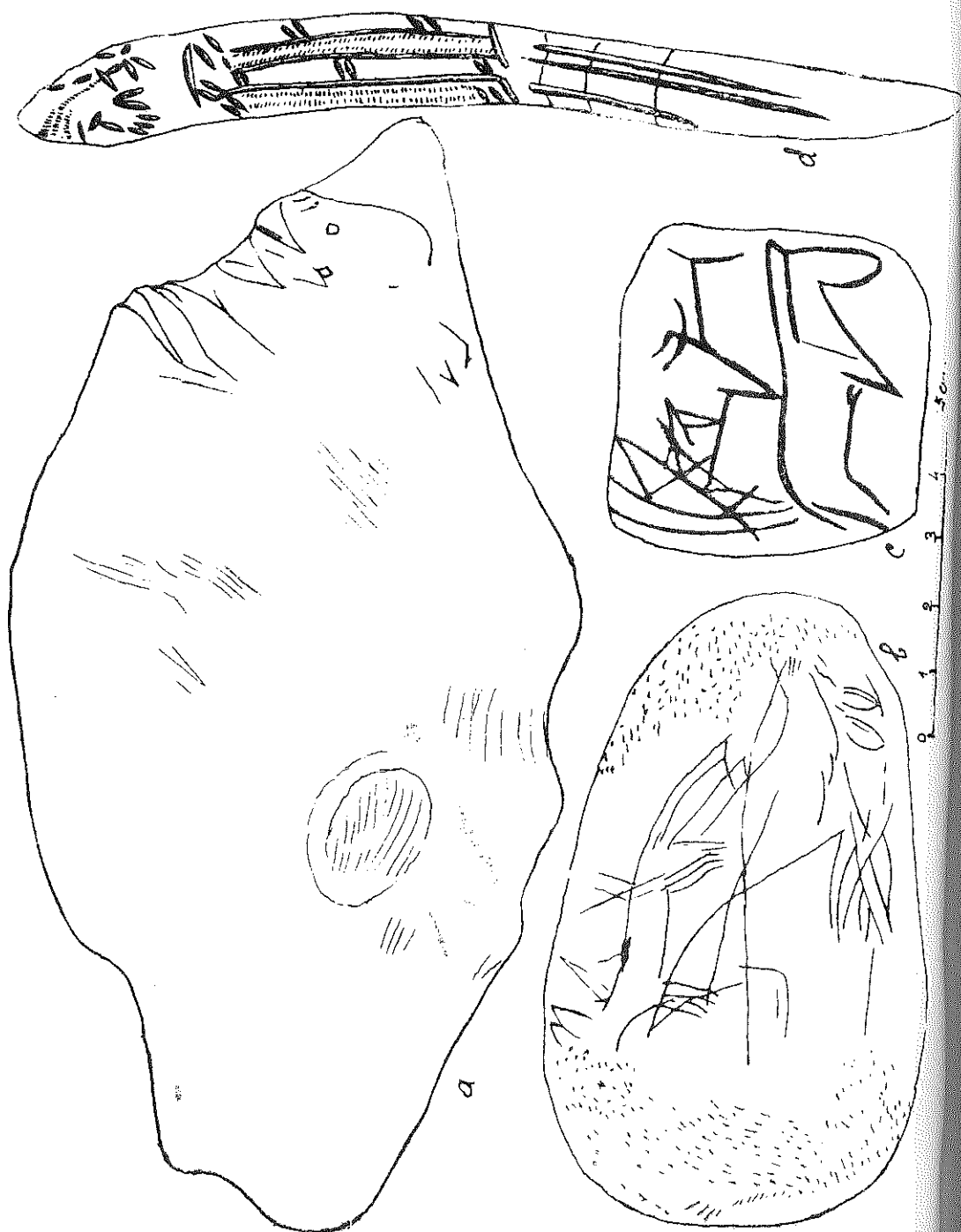


FIG. 17.—Huesos y piedras con dibujos del Magdalenense: a, placa de hueso de Santimamiñe con figura de bóvido; b, plaquita de pizarra de Santimamiñe con figura de raposo y otras; c, plaquita limonítica de Lumentxa con figura de caballo y otros dibujos; d, varilla de Lumentxa con grabados

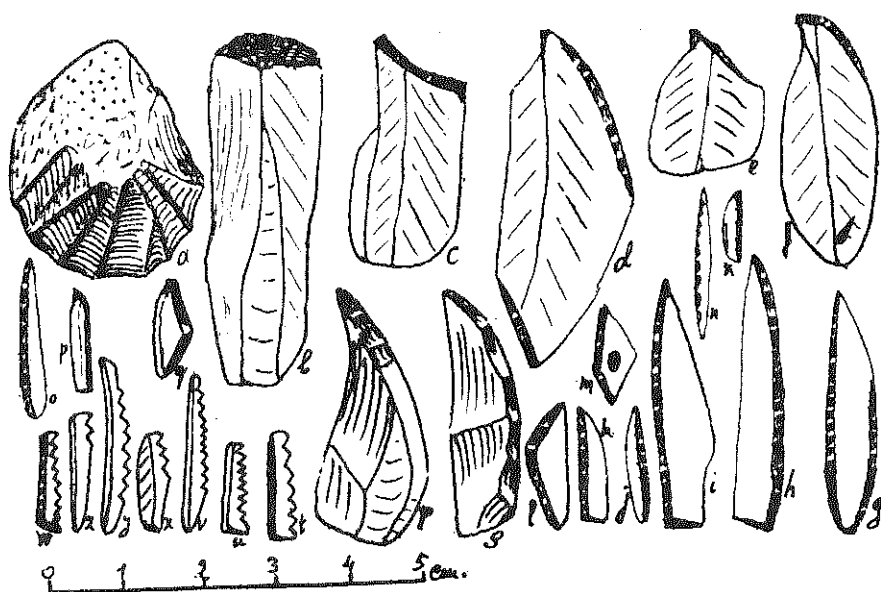


FIG. 18.—Industria lítica del Magdaleniense final de Atxeta y de Santimamiñe: son del primer yacimiento todas las piezas, menos las g, h, e, que son del segundo

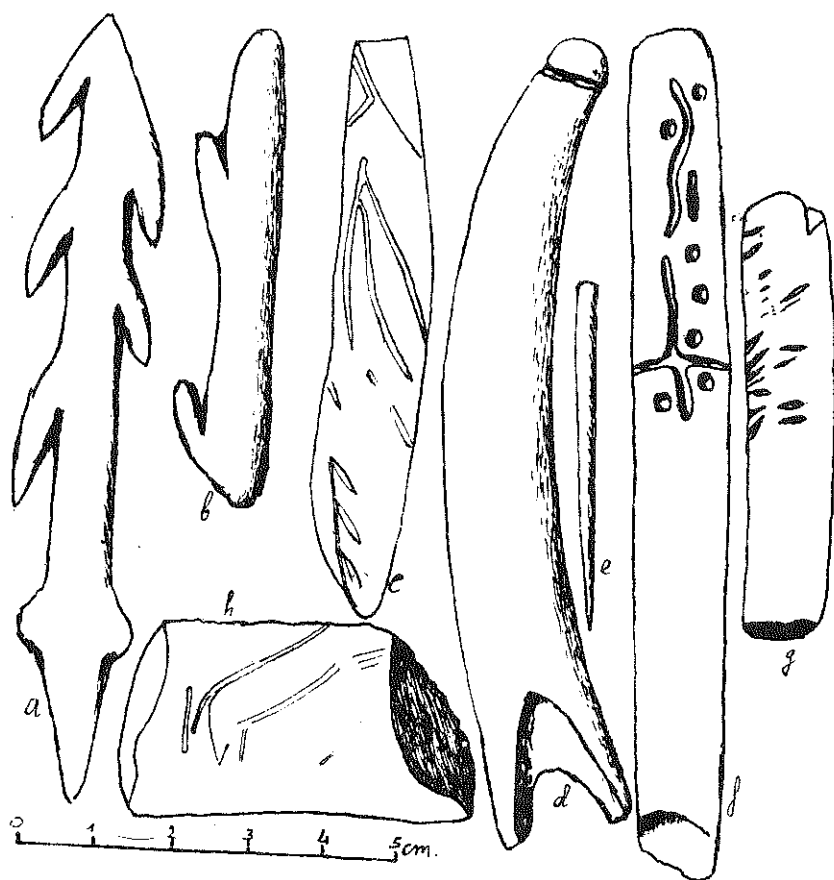


FIG. 19.—Industria ósea del Magdaleniense final: a, arpón de Santimamiñe; b, arpón de Atxeta; c, varilla con dibujos de Atxeta; d, bastón perforado de Atxeta; e, aguja de Santimamiñe; f, g, h, huesos con grabados de Atxeta

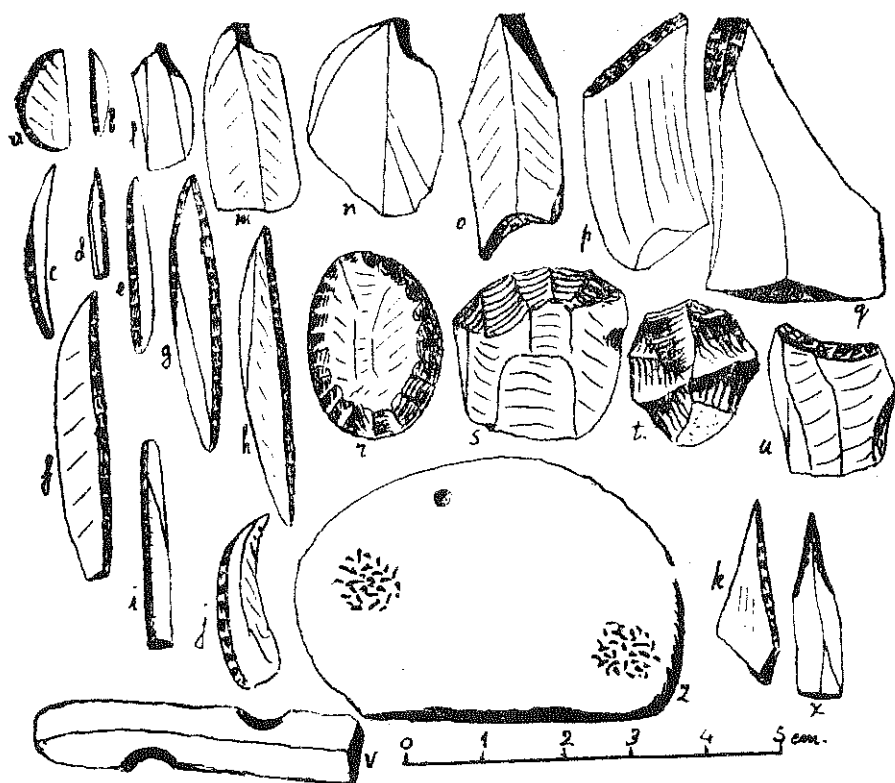


FIG. 20.—Industria lítica aziliense: a, b, c, d, e, f, g, láminas y puntas de borde rebajado de Atxeta; h, punta de Bolinkoba; i, j, k, piezas de Santimamiñe; l, m, n, o, p, q, buriles de Atxeta; r, s, t, u, raspadores de Bolinkoba; v, lámina de escoladuras de Santimamiñe; x, perforador de Santimamiñe; z, compresor de Atxeta

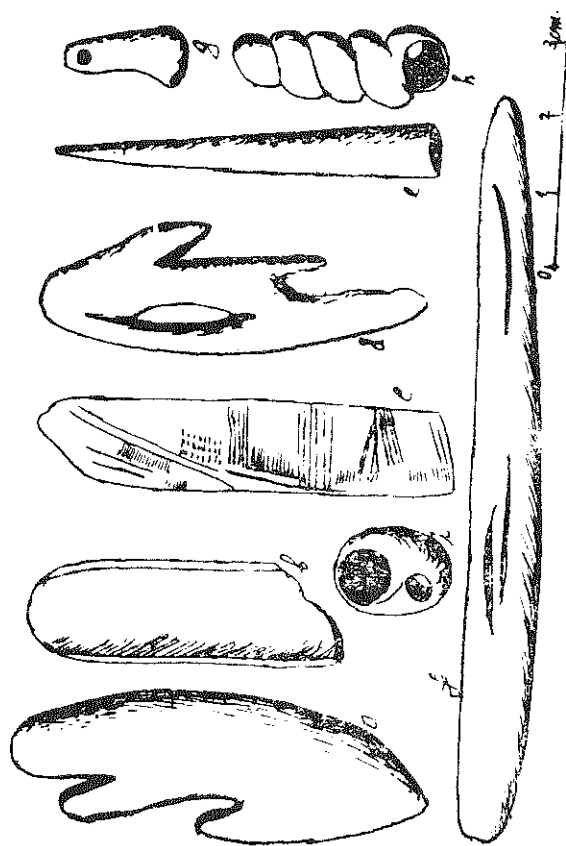


FIG. 21.—Objetos de hueso azilienses: a, b, c, arpón y varillas de Atxeta; d, arpón de Lumentxa; e, punzón de Santimamiñe; f, ídem de Lumentxa; g, diente perforado de Lumentxa; h, i, turritella y litorina perforadas de Bolinkoba

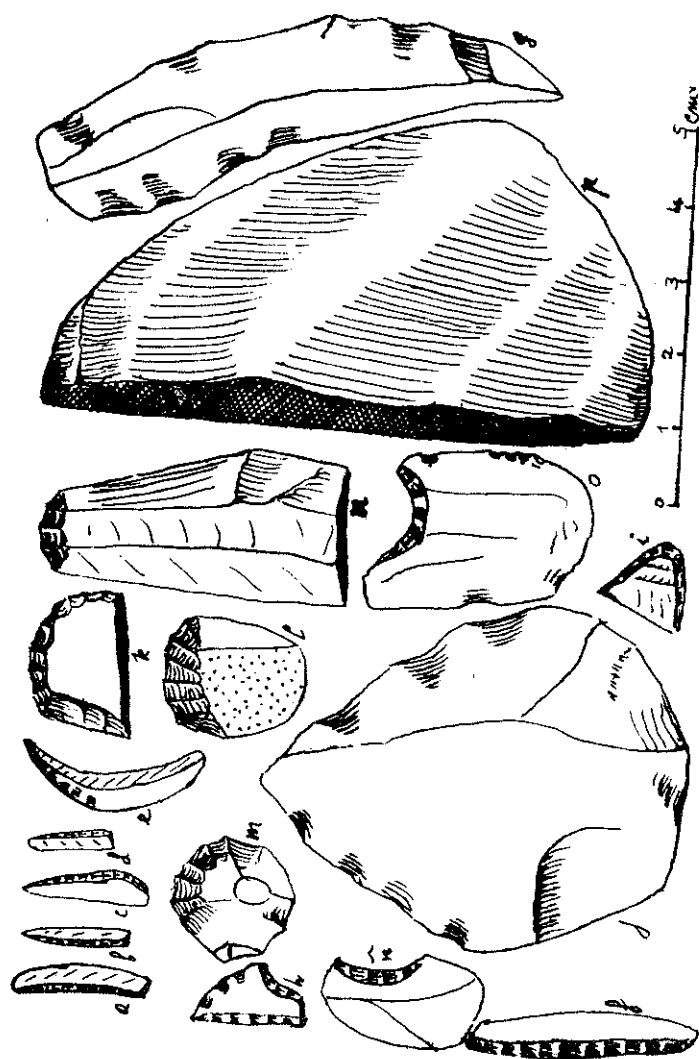


FIG. 22.—Industria lítica campesiense: a, b, c, d, f, g, laminillas y puntas de borde rebajado o simplemente retocado de Atxeta; h, i, microlitos triangulares de Santimamiñe; n, o, raspadores (convexo y cóncavo) de Atetxa

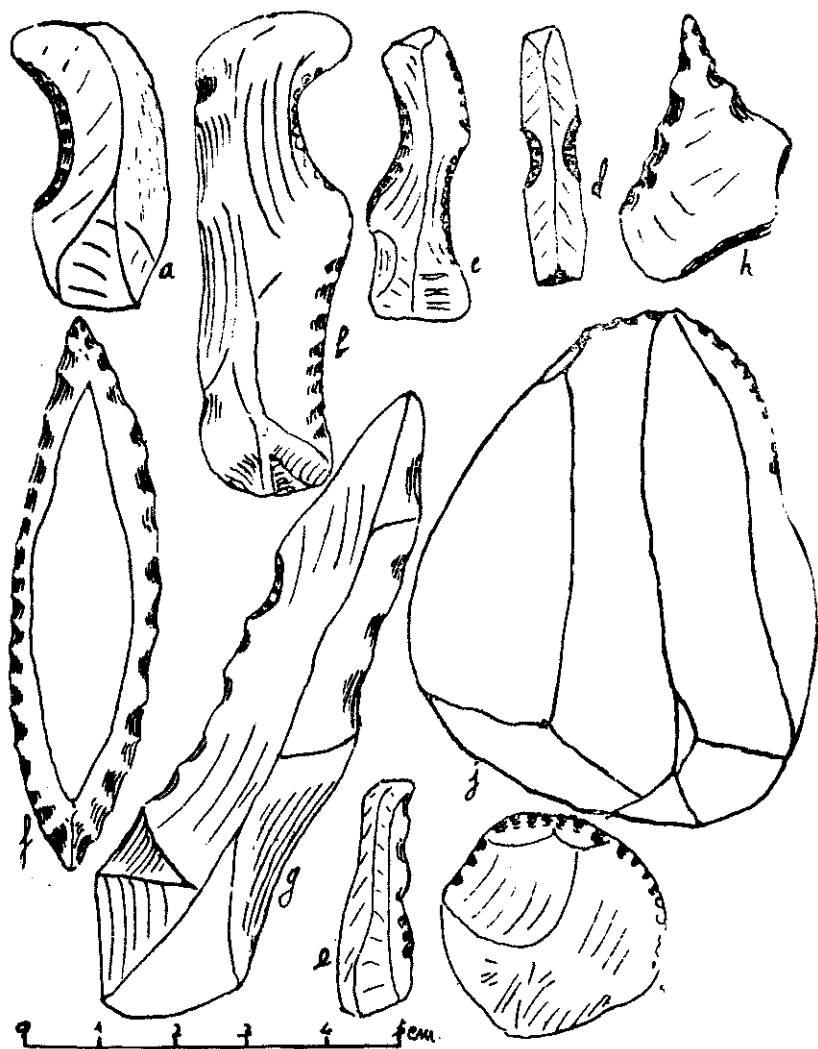


FIG. 23.—Industria lítica campesiense de Santinamiñe: a, b, c, d, e, láminas con escotaduras; f, lámina naviforme biapuntada o raedera; g, punta de bordes retocados; h, perforador; i, raspador discoideo; j, hacha o pico

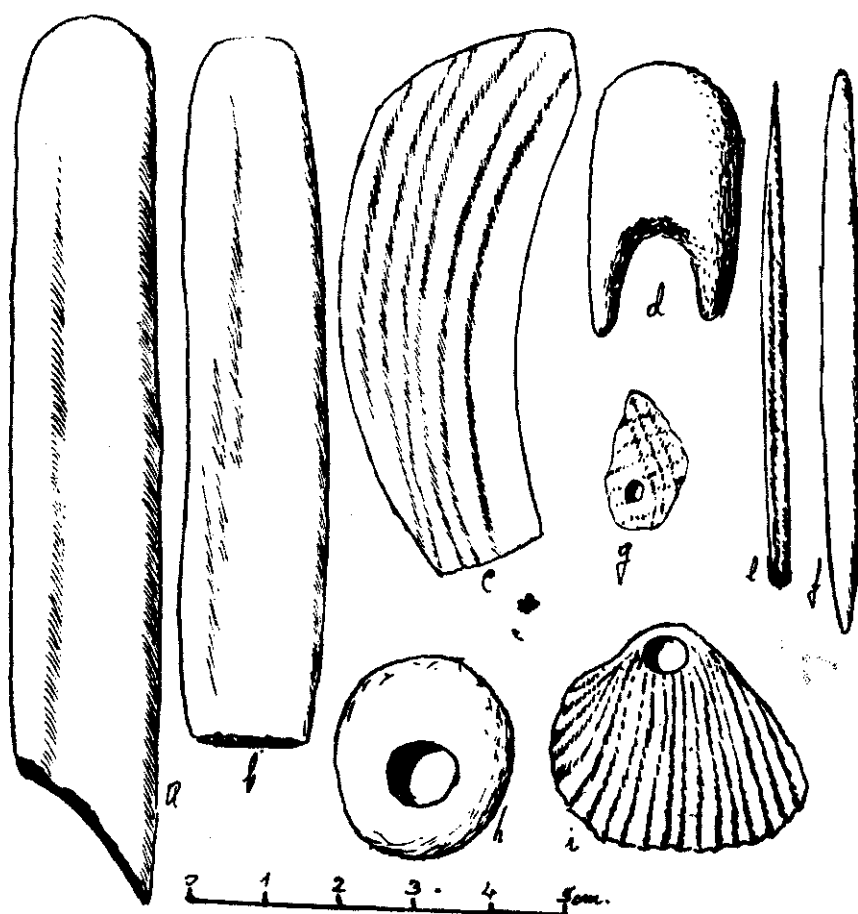


FIG. 24.—Industria ósea campañiense-asturiense de Santimamiñe: a, b, cinceles o espátulas; c, cuchillo de colmillo de jabalí; d, horquilla o trozo de bastón perforado; e, f, punzones de hueso; h, colgante de piedra; g, ídem de nassa; i, ídem de cardium

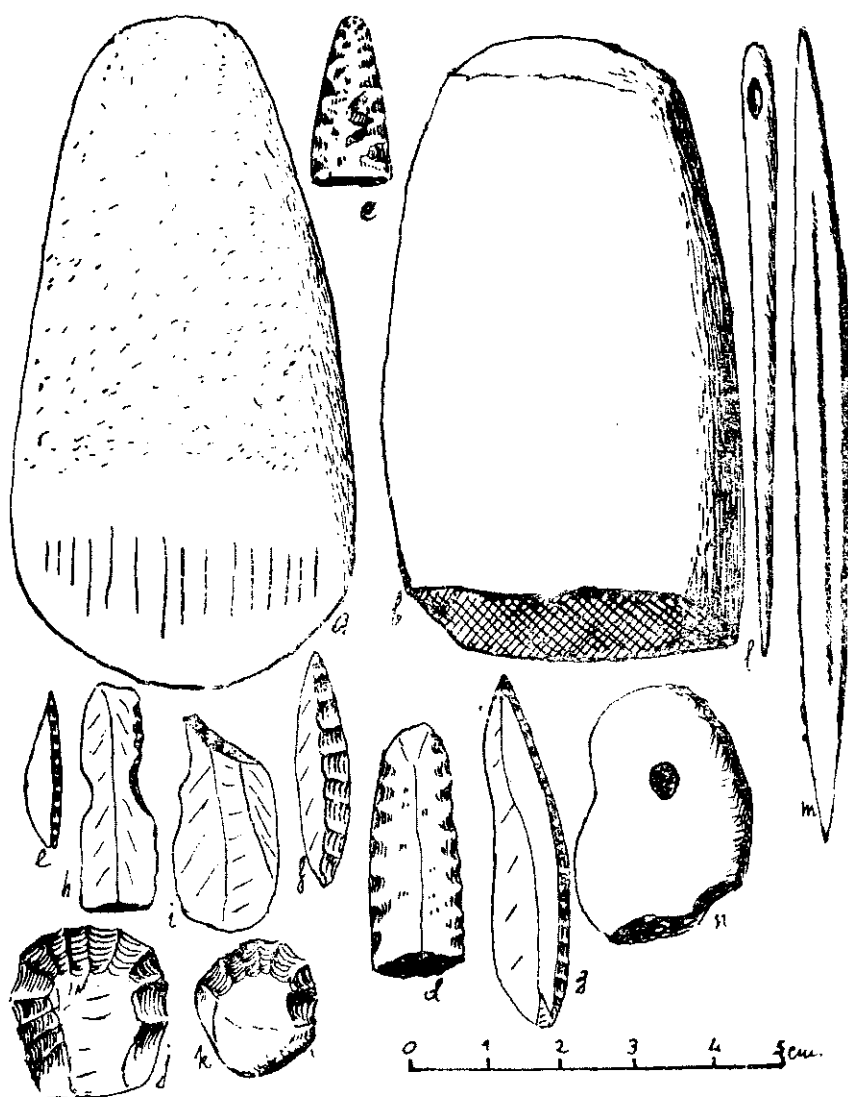


FIG. 25.—Industria neolítica de Santimamiñe: a, hacha de ofita de sección circular; b, martillo de piedra; c, d, puntas de flecha (fragmentos) de talla facial; e, f, g, puntas de borde rebajado; h, lámina con doble escotadura; i, buril de ángulo; j, k, raspadores discoideos; l, aguja de hueso; m, punzón de hueso; n, colgante de barro cocido

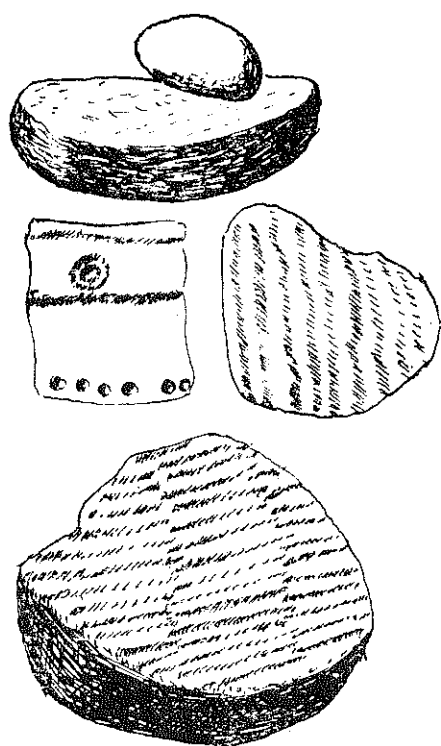


FIG. 26.—Cerámica neolítica de San timamiñe y molino de Lumentxa

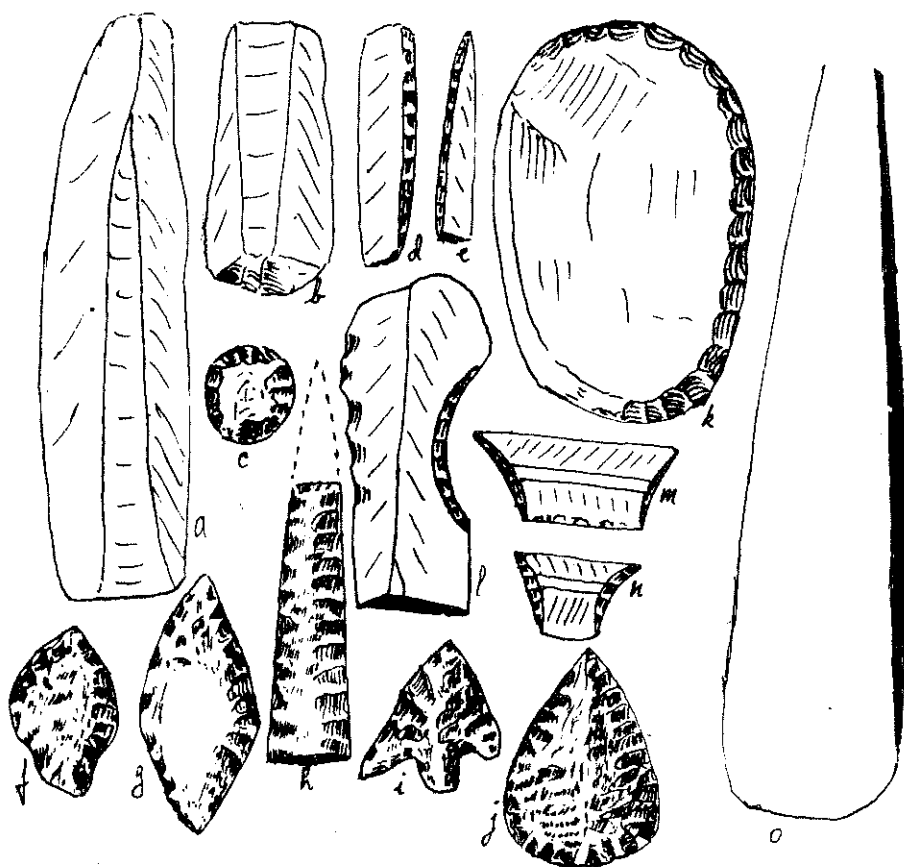


FIG. 27.—Industria lítica eneolítica: a, lámina de Lumentxa; b, c, raspadores de Lumentxa; d, e, punta y laminilla de borde rebajado; f, g, h, i, puntas de Santimamiñe; j, punta de Bolinkoba; k, raedera de Santimamiñe; l, lámina con escotadura de Santimamiñe; m, trapecio de Lumentxa; n, trapecio o punta de corte tajante de Bolinkoba; o, hacha de piedra pulimentada de Dima



FIG. 28.—Industria eneolítica: a, hacha de cobre de Guinerradi (Forua), hoy en la colección prehistórica del Colegio de Aránzazu; b, cincel de cobre con mango de cuerno de ciervo, de Santimamiñe; c, lezna de cobre de Santimamiñe; d, o, tipos de ornamentación cerámica de Santimamiñe

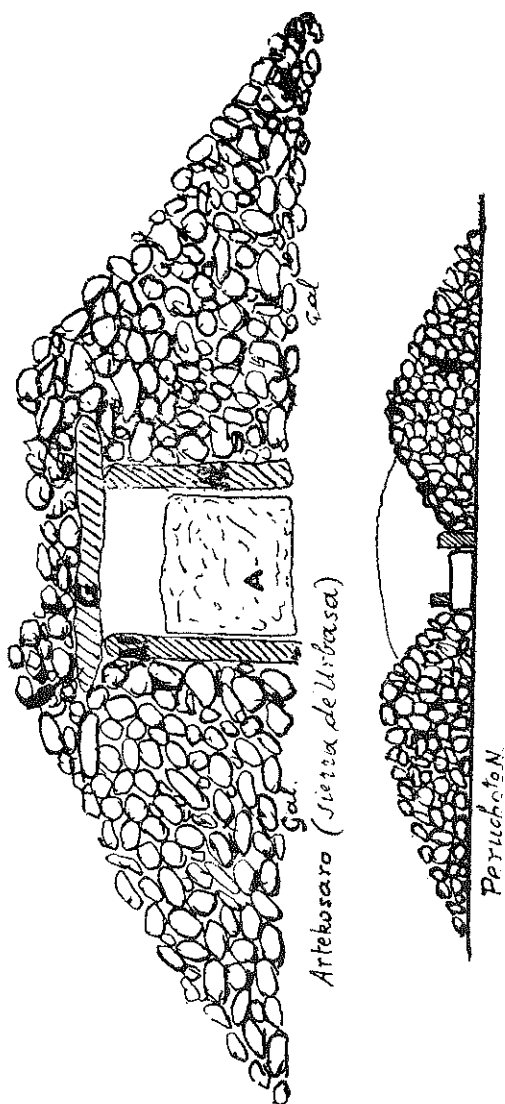


Fig. 29.—Arriba: Corte vertical del dolmen de «Artekosara» (Urbasa-Navarra). A, piedra del lado E. o de entrada; Al, piedras de los costados de la cámara; G, cubierta de la cámara; Gal, túmulo.

Abajo: Corte vertical del dolmen de «cruchote» N., donde se aprecian el túmulo y la depresión central que permite ver varias losas de la cámara.

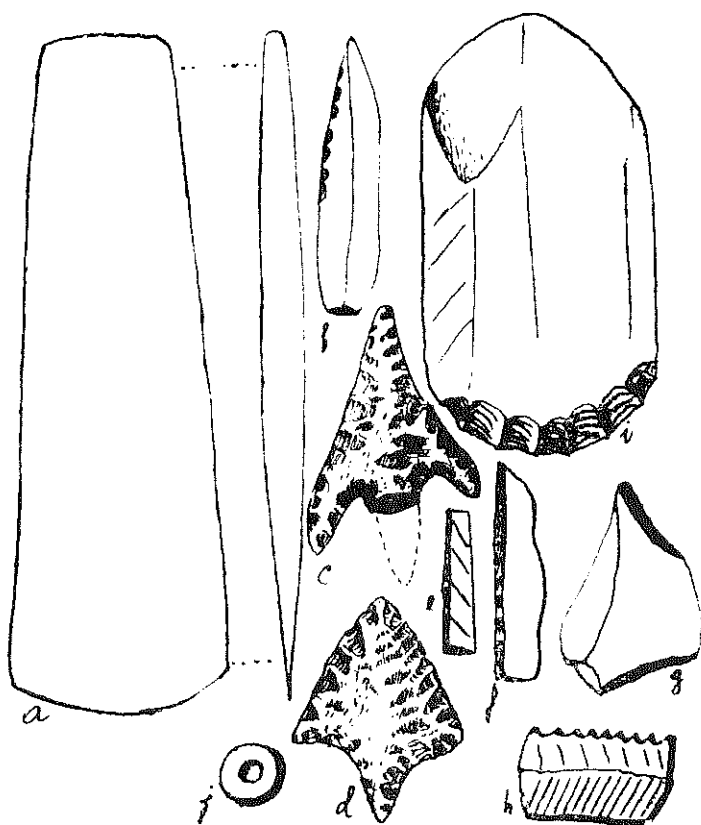


FIG. 30.—Industria de la edad del bronce: a, hacha de la peña de Forua (cantera de Guñerradi), según D. Antonio Aguirre («Materiales Arqueológicos de Vizcaya». Bilbao. 1955); b, punta retocada de Santimamiñe; c, punta de Lumentxa; d, punta de Kalamua; e, f, láminas de borde retocado de Atxuri; g, h, buril y sierra de Atxuri; i, raspador de Santimamiñe; j, rodete de Goikolaua

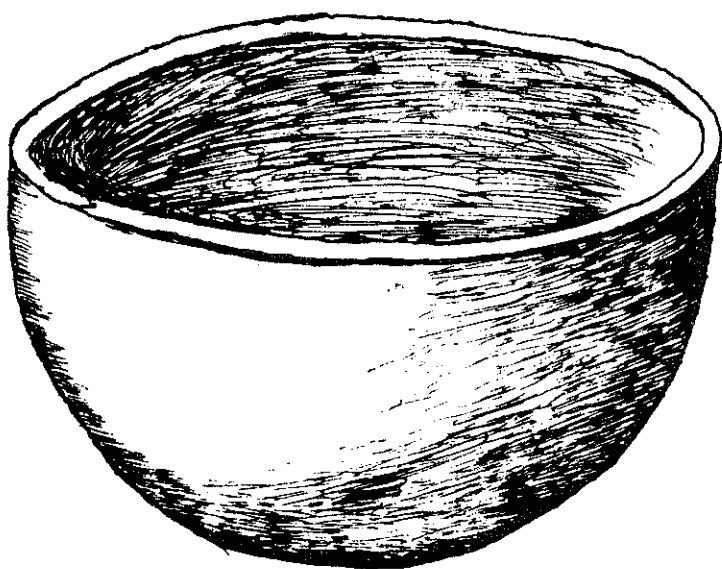
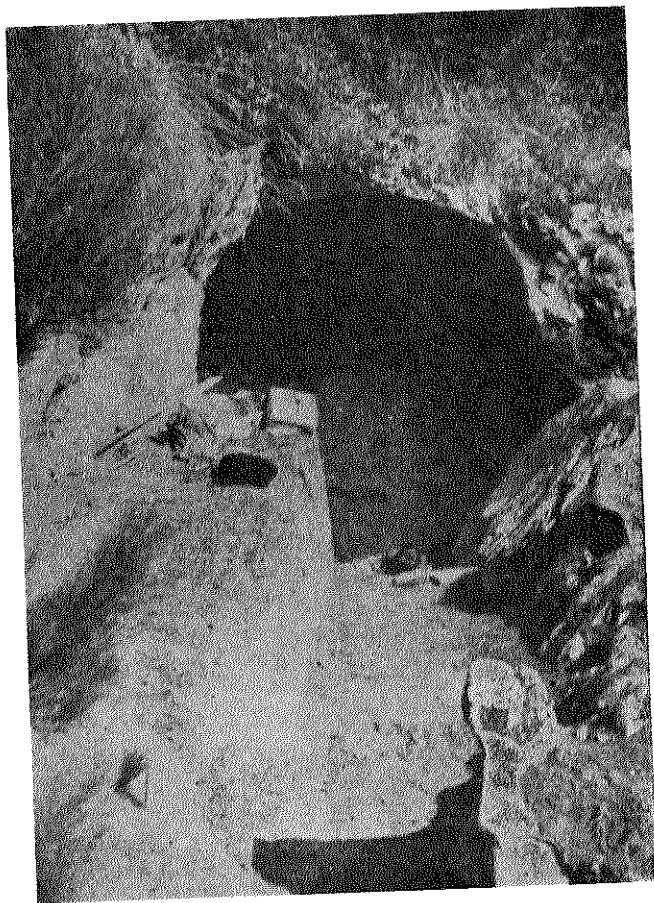


FIG. 31.— Vaso de Sagastigorri (Cortézubi)



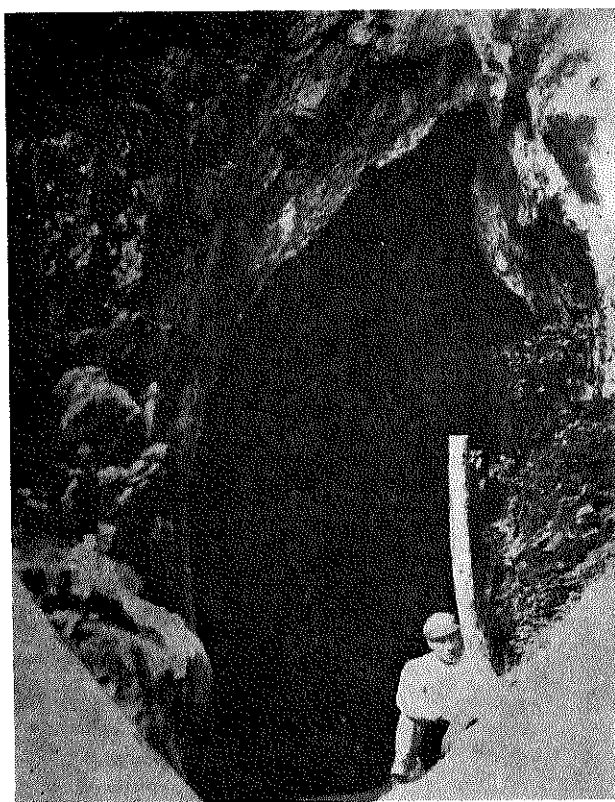
FIG. 32.—I: Cronlech situado en la loma entre Ereza y Apuco. II: Cronlech de la falda S. de Ereza



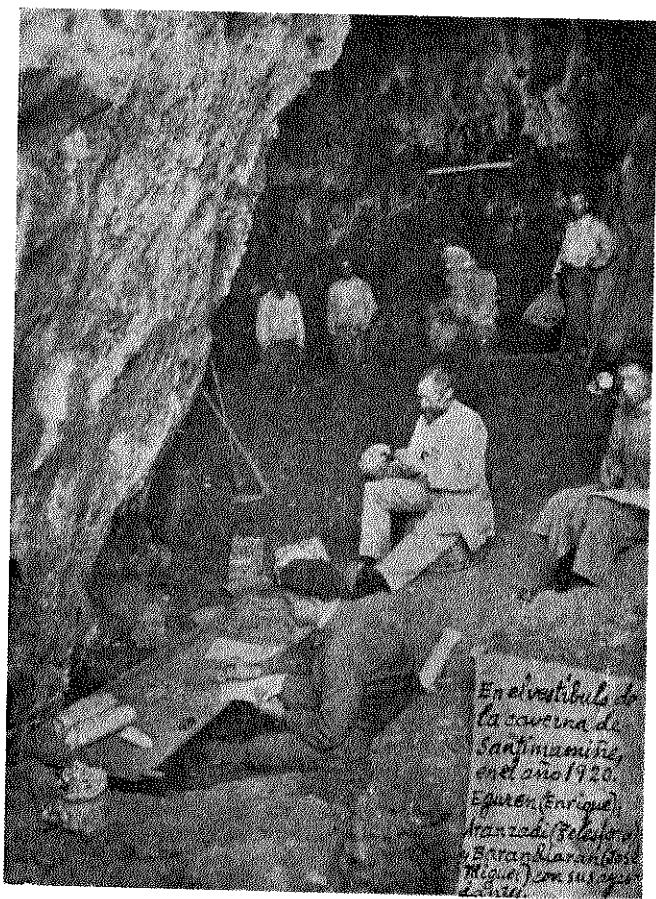
Fot. I.—*Entrada de la cueva Lezetxiki*



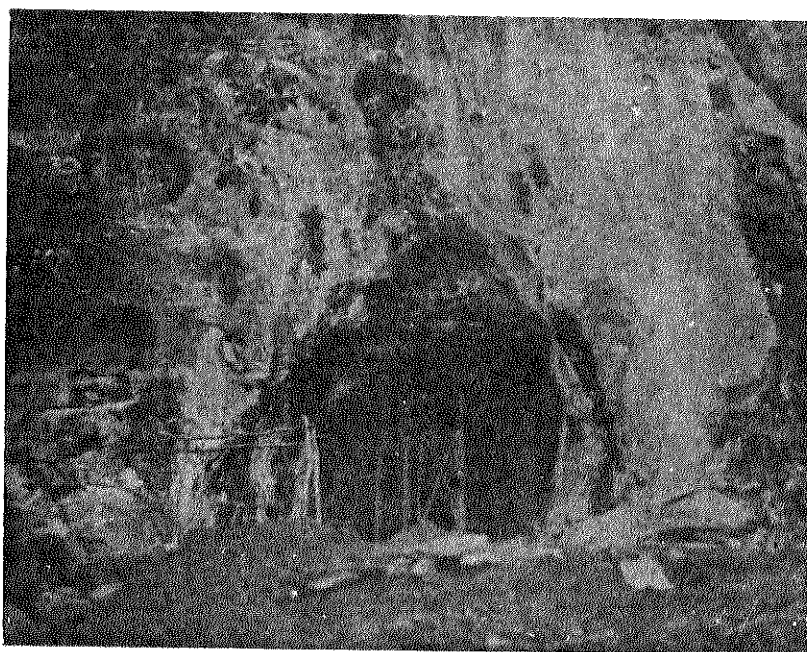
Fig. II.—Barranco y desfiladero debajo de Lezetxiki



Fot. III.—Cueva de Santimamiñe



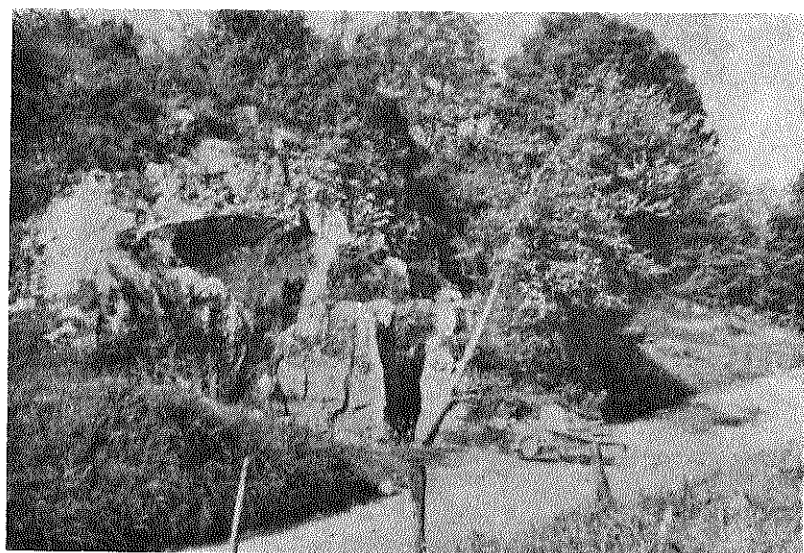
Fot. IV.—En el vestibulo de Santimamiñe, durante la tercera campaña de excavaciones (año 1920).



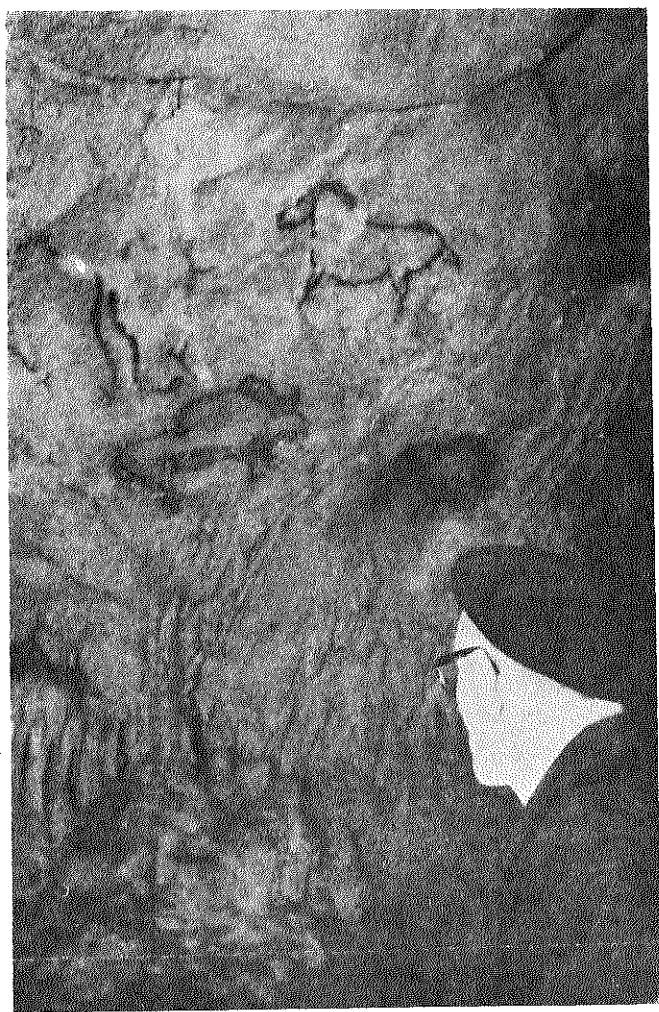
Fot. V.—*Entrada de la cueva de Bolinkoba*



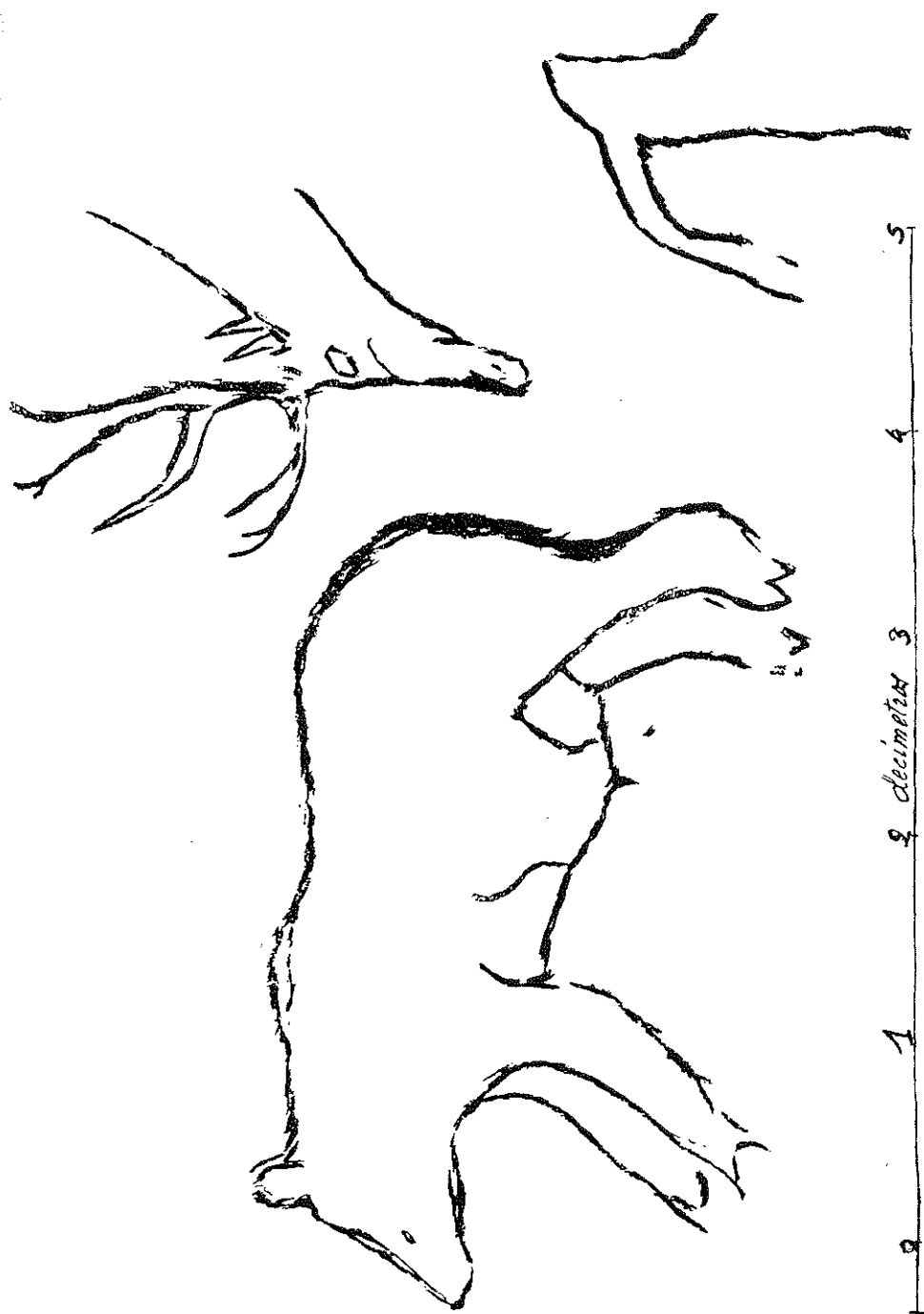
Fot. VI.—*El desfiladero de Atxarte, sobre el cual se levanta, a la derecha, la montaña de Unzillatx, en la que se abre la cueva de Bolinkoba sobre el barranco. A la izquierda, la peña de Astxiki, en la que se abren las cuevas de Oyalkoba y Albiztei*



Fot. VII.—*Cueva de Atxeta*



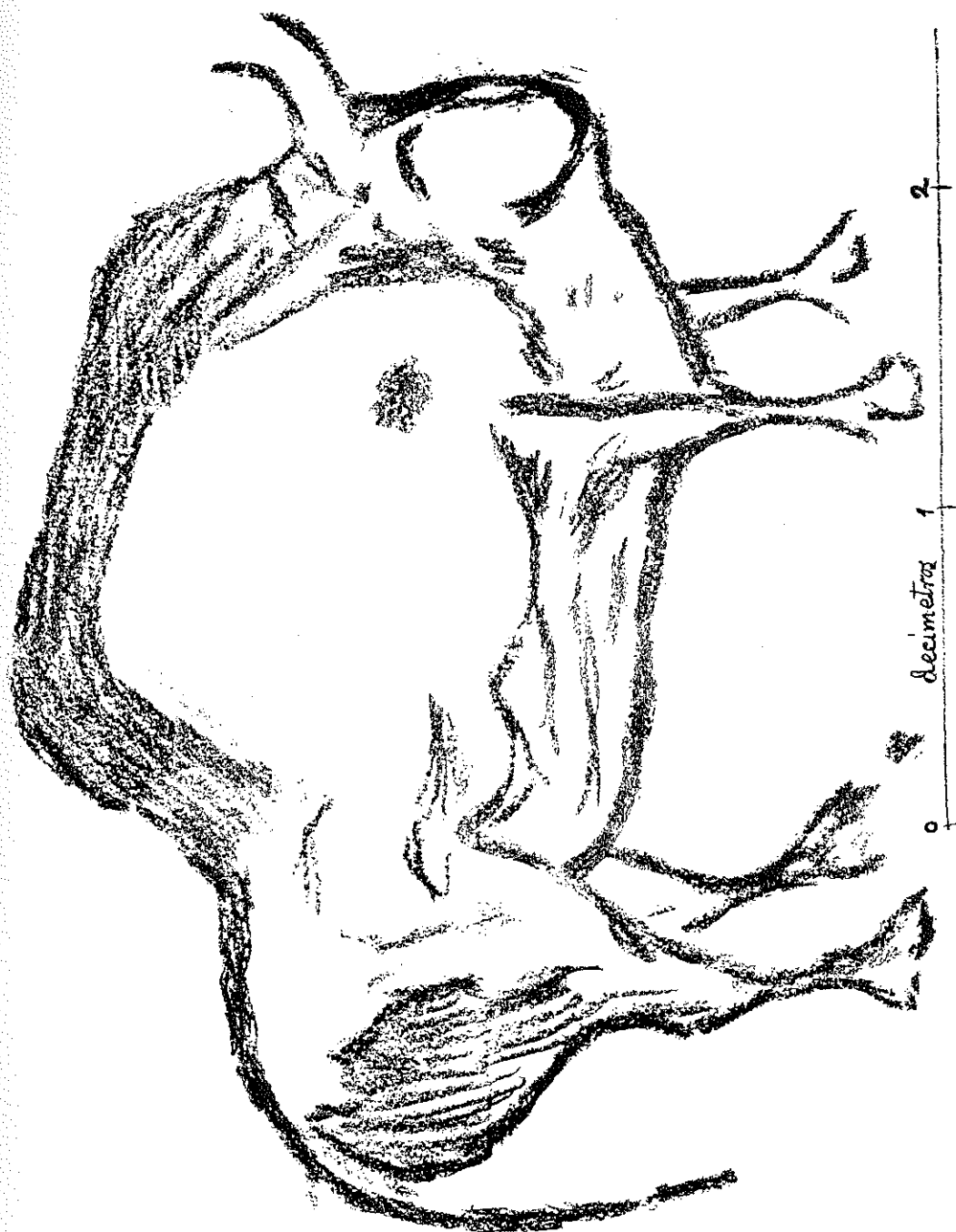
Fot. VIII.—Uno de los muros de la cámara de dibujos de Santimamiñe.



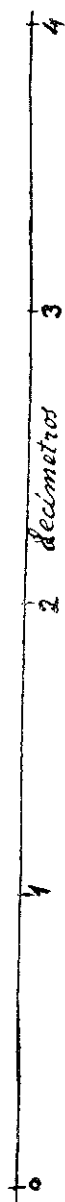
Fot. IX.—Oso, ciervo y cabra de Santimamiñe



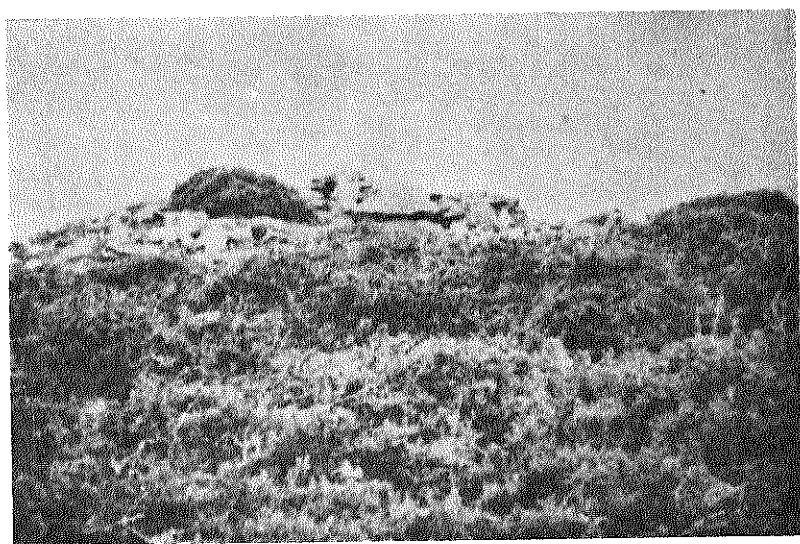
Fot. X.—Bisonte de Santimamiñe



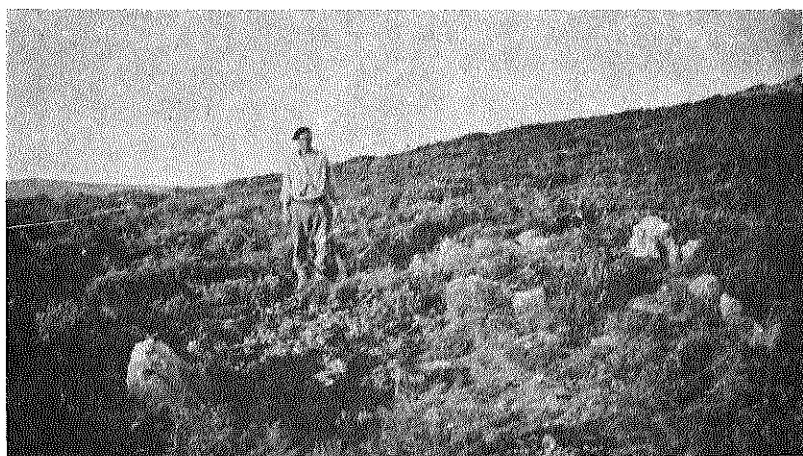
Fot. XI.—Bisonte de Santimamiñe



Fot. XII. - Caballo de Santimamiñe



Fot. XIII.—*Vista del dolmen de Peruchote N., tomada del lado oriental*



Fot. XIV.—*Doble Cronlech (dos concéntricos) en el monte Ereza.*
(Fotografía enviada en el año 1935 por don Silverio de Zabala.)



FOT. XV. *Cronlech en el monte Ereza, descubierto por D. Antonio Aguirre*